

rando que no las podría resolver y que yo hallaría en la discusión los medios de conocer la parte débil de todos sus dis-

ursos. Lo que pasó en la conversación del otro día será el objeto de mi primera carta. Adios, Teodoro.

CARTA IX.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mío. Yo había pasado toda la noche menos ocupado en hacerme cargo de las razones del padre para penetrar toda su fuerza, que en juntar objeciones para combatirlas. Me parecía vergonzoso que un pobre eclesiástico que yo había creído ignorante y vulgar como los otros, pudiese vencerme en esta lucha, y así me armé de cuantas reflexiones me suministraron mi razón y mi lectura. Las creí insolubles, y me decía: pues el padre ha podido sorprenderme con la novedad de sus razones, yo lo estrecharé con la fuerza de las mías. Si yo no puedo responder á sus dificultades, tampoco podrá responder á las que voy á proponerle, y quedaremos iguales. Con esta disposición, luego que llegó comenzó nuestra conferencia. Para evitar las repeticiones dividí mis réplicas con rayas, y el contexto te hará reconocer al interlocutor.

Yo di principio de este modo: Ya visteis que ayer os escuché con atención, y os confieso que me habéis sorprendido y embarazado. Me habéis dicho muchas cosas muy fuertes y nuevas para mí que no han dejado de hacerme grande impresión. Reconozco que no es posible considerarlas atentamente sin sentirse como casi necesitado á rendirse, y que los que se fundan en las pruebas que me habéis expuesto, no son tan insensatos como yo pensaba, porque no es posible revestir mejor con el semblante de la verdad y de la razón un sistema que por sí mismo presenta el de la contradicción. Creo también que será menester talento y estudio para despojarlo de las especiosas que le habéis dado y reducirle á su figura natural.

Pero después de haberos confesado con sinceridad el defecto que me ha producido, permitidme que os pregunte: ¿Cómo un hombre de la instrucción y talentos que mostráis, puede permitirse é intentar persuadirme seriamente tanto agregado de absurdos y contradicciones?

Considerad cuántas imposibilidades contiene y supone el hecho solo de la resurrección de Jesucristo ¡qué conjunto de cosas tan absurdas como contradictorias! ¡qué Dios que se encarna, que sufre, que padece, que muere y se resuscita! ¿Puede esto caber en una razón sana y que no está trastornada por el ardor de un frenesí? Desde luego todo esto parece indecible é indigno de la sabiduría de Dios y de su Majestad. ¿Por ventura Dios necesita para obtener sus fines, valerse de medios tan ridiculos y que se parecen tanto á los humanos?

Resuscitarse á sí mismo es una contradicción manifiesta; resucitar á otros es por un prodigio que no se puede concebir. Por mas esfuerzos que haga la razón, no puedo comprender cómo es posible que se pueda volver á animar un cuerpo, que se pueda restituir á su primera armonía una

máquina ya desorganizada, restablecer sus resortes y proporciones, y volver á unir dos sustancias que las leyes naturales habían separado.

Y si esto no se puede concebir, ¿qué será resuscitarse á sí mismo? ¿salir del sepulcro por su propio poder, abrir los ojos á la luz, cuando la muerte se los ha cerrado? en fin, volver por sí mismo y empezar á existir de nuevo cuando ya se ha perdido la existencia, ¿no es este un prodigio que no se concibe sino como un imposible? Si os dijera que un ente ha salido por sí mismo de la nada, vos me responderíais con razón, que esto es imposible y que implica contradicción, que la nada y el sér están en una distancia infinita, que la nada no puede hacer nada, y menos darse ella el sér; yo os digo lo mismo. La muerte es la nada de la vida, y es tan imposible que un muerto que no tiene vida se la dé á sí mismo, como lo es que un ente que no existe se dé el sér á sí propio.

A vista de esta demostración palpable, ¿qué fuerza me pueden hacer todas las pruebas que los ingenios acumulan contra ellas? cuando á las que me habéis alegado ayer añadierais otras infinitas, quedaríais embarazado; pero todas debían ceder á la evidencia de estas ideas.

El padre me respondió: ¿qué, señor? Yo os he probado ayer con pruebas evidentes y positivas, que Jesucristo resucitó, y en vez de proponerme razones que destruyan la fuerza y la verdad de estas pruebas, venid á exponerme imposibilidades vagas, que no son mas que imaginarias. Yo os he demostrado la resurrección y vos me respondéis por toda razón que es imposible. Para combármelo, era menester probarme que mis pruebas son ó falsas ó débiles; pero mientras vos las dejáis en toda su fuerza, yo tengo derecho de decir: yo os he probado la existencia de la resurrección y estoy en regla, porque del acto prueba la potencia. Mi raciocinio es este: pues Jesucristo resucitó, pudo resucitar; vos hacéis el inverso; Jesucristo no ha resucitado, porque esto es imposible. Yo os pregunto: ¿qué de los dos es conforme mas á la sana lógica?

Yo pudiera pues contentarme con esta respuesta, y á cada una de vuestras objeciones ó imposibilidades responder simplemente: está probado. Vos me diréis: esto es digno de Dios; yo: no ciertamente, pues que lo ha hecho; Dios no puede hacer nada indigno, sin dudar vos os engañáis. Esto es contradictorio. No, pues es evidente que ha sucedido; y mientras no destruyérais las pruebas en que me fundo, pudiera fácilmente y con una palabra deshacer vuestras objeciones.

Con todo, vamos á examinarlas. Decid que el hecho es extraordinario, incomprendible: ¿Quién lo duda? Acaso es

el mayor de los que se pueden imaginar. Es verdad; pero está probado, pero no se puede dejar de creerlo. ¿Podéis decir que sea superior al poder divino? Esto sería temerario; porque ¿quién puede atreverse á marcar los términos de la omnipotencia?

Pero es contradictorio. ¿Qué hombre tiene la inteligencia necesaria para distinguir los límites de la posibilidad? ¿y quién tampoco me podrá asegurar que hay en ello contradicción? ¿Qué es resucitar á un muerto? Volver á dar la vida. El que hizo al hombre, el que le dió la vida, el que se la quita cuando quiere, ¿no podrá dársela una segunda vez y mil, cuando lo tiene á bien su providencia?

¿Pero resucitarse á sí mismo? ¿resucitarse cuando ya separada la alma del cuerpo, no puede ella tener influencia sobre él...? ¿Y quién ha dicho que el alma de Jesucristo resucitó su cuerpo? El que resucitó á Lázaro, el que resucitará á todos los hombres, Dios, en fin, fué el que lo resucitó.

Pero esto es indecente é indigno de Dios. Mucha temeridad sería decir esto después que se ha probado que Dios lo ha hecho. ¿Pero en qué se opone este tan estupendo y superior milagro á las divinas perfecciones? ¿Cómo ó por qué se opone su realidad á la justicia, á la santidad, la sabiduría, la misericordia, la bondad ó la veracidad de Dios? ¿Y qué, un milagro que prueba la divinidad de Jesucristo y la verdad de la religión cristiana, es parece espertuño ó indigno de la majestad de Dios?

¡Ay, señor! si conoceráis bien la religión cristiana, si supierais por ella cuánto es el amor de Dios para los hombres, la bondad con que desde la creación los prometió un Redentor, que debía ser su único hijo, la atención con que preparó su venida, el cuidado con que separó de todos á un pueblo, para que de él se formase el que hoy le adora por Jesucristo, no extrañaríais que fuese un milagro que debía ser tan glorioso á su hijo y tan útil á los cristianos, pues es el que mas ha servido á establecer su fe, y es hoy mismo el que mas lo consuela con la esperanza de su felicidad.

Esto no es del momento; me basta decirlo por ahora, que no hay en la resurrección las contradicciones que aparenta; que lejos de haber indecencias, que se ven mas que pruebas de la bondad divina, que ha querido dejar á los hombres medios fáciles y evidentes de reconocer la verdadera religión. Y aun cuando hubiera cosas que nos parecieran contradictorias ó indecentes, nos deberíamos someter; porque por un lado está demostrada su verdad, y por otro debemos reconocer que nuestra razón es limitada, que nuestra sabiduría no es la de Dios, que nosotros podemos engañarnos, que lo que nos parece imposible no lo es para Dios, que lo que nos puede parecer contradictorio puede no serlo, y ciertamente no lo es, cuando pruebas irresistibles nos han demostrado su realidad; en fin, que no podemos ser responsables de no entender los misterios que no alcanzamos, pero que lo seremos mucho si despreciando las luces que Dios nos envía y poniendo una injusta y nimia confianza en las conjeturas de nuestra razón, nos dejamos seducir del amor propio y no abandonamos el error de sus opiniones.

Ya os entiendo, padre, le repliqué; me baldois que después de haberme probado la resurrección con pruebas positivas, yo me contento con producir reflexiones vagas

y generales: tenia razón; yo sé que este método es defectuoso, que todos los argumentos negativos no pueden destruir una afirmación suficientemente probada, y para combatir es indispensable atacar y deshacer las pruebas en que se funda; y pues parece que me desalta ya este empleo, voy á tomarlo, y veremos si en esta parte son mas felices mis esfuerzos.

Vos no tenéis mas fundamento para creer la resurrección sino que el cuerpo después de enterrado no volvió á parecer, no se pudo encontrar. Esta es la base en que los discípulos fundaron la relación de que se les había aparecido. ¿Pero por qué esta relación no la podéis ser una fábula? ¿quién puede asegurarme que ellos mismos no se la robaron? No me olvido de lo que me habéis dicho: confieso que atendida la calidad de sus personas, su dispersión, su experimentado carácter de timidez, la guardia que los observaba y todas las demás circunstancias del suceso, es muy difícil concebir que se hayan atrevido, y menos que hayan logrado una empresa tan difícil y tan superior á sus fuerzas; comprendo todas las dificultades de esta suposición.

Pero después de todo, aquí se trata de un hecho mas extraordinario y mas lleno de dificultades que las que puede tener la suposición misma; es nada menos que un muerto que se resuscita á sí mismo; y esto es mil veces mas difícil de creer, que no el que sus discípulos le pudiesen robar. Cuando yo me veo en el conflicto de dos extremos, es natural que mi razón se incline al partido que presenta menos dificultades, y que me diga: Parece en efecto imposible que estos pobres hombres tuviesen medios ni fuerzas para esta empresa; pero el cuerpo no parece y él ha salido de algun modo.

Puede ser que estos hombres encontrasen medios que yo ignoro; puede ser, por ejemplo, que pudiesen embriagar los guardias, que los pudiesen corromper. Esto no es verosímil, no es probable, pero no es físicamente imposible, como lo es que un muerto se resucite y salga por sí mismo de su tumba; y en este caso ¿quién puede decir de determinarse por aquel partido?

Por otra parte, los guardias han dicho que se durmieron y que los discípulos se aprovecharon de su sueño para robarle. Ve aquí un rayo de luz que me empieza á manifestar el modo con que la cosa ha podido suceder. Bien sé que si dormían no lo podían ver; pero quizás fingieron que dormían, y quizás sobornados afectaron el sueño para dejar hacer, y luego dieron á los magistrados que dormían para disculparse. Puede ser esto, pueden ser otras mil cosas; y cualquiera que se diga, será mismo increíble que la resurrección de un muerto.

Venid ya pues sin embarazo, y toda la ventaja está por mí. Si los apóstoles me alegan la imposibilidad del robo, yo les manifiesto la posibilidad: si ellos son los testigos de la resurrección, yo les manifiesto el modo con que se les pudo haber enterado el interés de discurrir y alegar el robo; si estos tienen el interés de su amor propio y la gloria de su Maestro, si los primeros dicen cosas absurdas, indignas de creencias, es decir cosas naturales y posibles. Así, testigos por testigos, estoy por estos y decís que yo y presento un medio que puede destruir los hechos sin recurrir á milagros tan fuera de creencia, me basta proponerlos para destruirlos.

Yo creía, señor, haberos dicho lo bastante para haceros

hicieron después sus sucesores, también lo fueron, y no solo en Judea, sino por toda la tierra todos han sido notorios. Los mismos enemigos de la religión los confesaban, y por eso se multiplicaba tanto el número de los cristianos; con todo, ha habido muchos que ni los creyeron ni se convirtieron. Ve aquí, pues, nullos públicos é indisputables que no han producido su efecto, y vos me confesáis que los que no creyeron la resurrección de Lázaro, podían muy bien dejar de creer la de Jesucristo.

Pero dejando aparte todas estas respuestas, permitid que os diga que volvéis á los argumentos negativos y que estos no pueden probar contra los hechos positivos. La nada no puede probar nada; y por un consentimiento universal la objeción mas insoluble é á que no es posible responder, no puede destruir las pruebas que establecen y demuestran, y solo sirven para hacer patente la ignorancia del que ha probado. Y si este principio es verdadero en los objetos de la física y de la naturaleza, ¿qué será en los de la religión, tan elevados y superiores á nosotros?

Yo pudiera, pues, confesar que no alcanzo á resolver vuestra dificultad, sin dejar por eso de apoyarme con los pies y las manos sobre mis pruebas, ni desconfiar un instante de su verdad. Podría decirlos que no soy capaz de juzgar lo que Dios no ha hecho, ni del por qué no lo ha hecho, pero que no puedo dejar de juzgar de lo que hizo cuando me lo manifiesta con pruebas claras que me lo hacen ver; que lo que pudiera ser y no lo es, no existe; que así no puede presentar luz á mi inteligencia, y que ésta no se puede ocupar mas que de objetos reales; que yo puedo seguirlos citando la evidencia ya con ellos y me acompañan, pero que al instante que me abandonan, me detengo y los dejo.

Ya se ve que con estos principios no me pueden embarratar las mayores dificultades, porque supuesto que os haya probado la verdad de la resurrección, no me pueden hacer fuerza vuestras reflexiones. Vos me direis: la resurrección podía ser mas pública; sin duda: hubiera sido mejor; no lo creo, pues Dios no lo hizo: hubiera persuadido á todo el mundo; lo dudo. Pero porque no fué pública se infiere que no ha sido de la manera que fué? Porque no se hizo como os parece que se debía hacer, todas las pruebas que os he alegado han perdido su fuerza? Esta sería una lógica de nueva especie, y equivaldría á este discurso. Yo tengo cien razones seguras y convincentes de que tal hecho es cierto, pero como yo pido mas mas, ó la explicación de una dificultad que no se me puede dar, hecho por tierra las cien razones y yo lo quiero creer.

Ve aquí en sustancia vuestro raciocinio. Despojémele de sus agregados, y veremos que se reduce á esto: Yo no creo la resurrección de Jesucristo tal como se me refiere; porque si fuera cierta, siendo obra de Dios, hubiera sido mas pública y gloriosa. Es como si me dijerais: Yo no creo que este sol que me alumbraba sea obra de Dios, porque si lo fuera, sería mas grande y luminoso; y como á todo lo que ha criado se ha servido ponerle un carácter de limitación, y que pudiera haberlo hecho mejor de lo que quiso hacerlo, vos podréis concluir siempre que nada de lo que veis puede ser obra de Dios. Ved hasta dónde la imaginación puede extraviarse cuando no la refrena la modesta cordura de la razón.

¿Qué es menester, pues, para no descaminarse? Conten-

taras con lo que puede saberse, teners firme sobre lo que se nos deja ver, y someterse con humilde resignación á lo que se nos esconde. Yo os he dicho el modo como pasó la resurrección de Jesucristo, y os ha probado con evidencia su verdad; vos, no contento, me decís: ¿Pero por qué esta resurrección no fué pública? Yo es respondo, que mi certidumbre no conoce los caminos de Dios, que yo ignoro sus designios, pero que los respeto, porque sé un Creador tan infinitamente sabio y bueno, debe obrar siempre con proporción á tan divinos atributos, que pues no quiero que su resurrección fuese mas pública, es claro que convenia que no lo fuese.

Vos replicáis que no hubiera habido increíbles. Yo he respondido que lo dudo, pero que cuando fuera cierto, pueda ser que el plan de la Sabiduría Divina fuera útil que hubiera increíbles para la mayor perfección del cristianismo, ó para otros fines que yo no alcanzo. Vos insistís: yo no puedo creer que sea perfección lo que es visiblemente defecto. Pero esto es porque juzgamos sin conocimiento y con temeridad; es porque queremos decidir con ligereza de lo que apenas podemos entrever; es, en fin, porque con una vista corta queremos registrar una extensión inmensa. Veámos á la conclusión, para ver cuál de nosotros está mas cerca de la verdad. Vos decís que la resurrección debió ser pública, y no podéis darme mas que razones de congruencia que dependen únicamente de vuestro modo de ver y pensar; yo lo niego, fundado en que ni vos ni yo podemos juzgar bien sobre lo que Dios debe ó no debe hacer, y al contrario, infiero que no lo debía hacer pues que no lo ha hecho. No me contento con esto, sino que añado: Jesucristo ha resucitado, y es lo prueba con pruebas tan evidentes, que es imposible no sentirnos con las mas fuertes razones de la razón, y sin que podáis alegar mas prueba directa y positiva contra su verdad.

Observad la diferencia que hay entre nosotros, y ved cuál está mejor puesto ó mas bien sentado en esta lieha. Vos guiado de vuestra imaginación, de vuestras ideas y de la imaginaria esfera de vuestras ocultas filosofías, vais á penetrar; increpar y censurar la conducta de Dios; yo, guiado de la conducta de Dios conocida, demostrada y evidente, voy á suponer el punto de la razón, de la utilidad y conveniencia: decidid vos mismo cuál de los dos está en mejor camino? ¿quién tiene la ventaja? Vos no podéis deshacer ninguna de mis pruebas, y yo desahago vuestros raciocinios por un principio que vos mismo me debéis confesar, y es que nosotros no podemos penetrar los designios de Dios.

Yo estaba confundido con el peso y fuerza de razones tan claras; no obstante, me atreví á replicar: Aunque no podemos penetrar los designios de Dios, nos ha dado una razón para juzgar si las obras que se le atribuyen son dignas de su bondad y de su grandeza.—Así es, señor; pero esto tiene su justa medida; y si no, explicadme: ¿Por qué Dios no crió el mundo cien mil años antes? ¿Por qué un Creador tan bueno y poderoso no tomó las medidas mas prontas para mostrar cuanto antes su grandeza, sacar á luz las criaturas y verter sobre ellas sus beneficios? ¿Por qué tardó tanto en empezar? ¿Cómo un Dios tan bueno perdió tanto tiempo en hacer bien? Cuando me respondieris á estas preguntas y otras de esta especie, yo podré mostraros la causa por qué la resurrección de Jesucristo no fué mas

pública. Entre tanto, solo os diré, que aunque yo no puedo saber los motivos secretos de la conducta de Dios, sé y debo suponer que todo lo que hace es justo, sabio; y tanto, que no puedo engañarme en esta idea, porque nace de la que debo tener de un Ser infinitamente perfecto.

Pero, por todas partes me salís al encuentro y me atajáis los pasos: vuestra agilidad es grande, y vuestra ebullencia me ha deslumbrado; pero ahora veo que os metéis en la trinchera ordinaria en que se miden todos los fanáticos y de fe ciega de la fuerza del raciocinio. Desde que se hallan oprimidos con la fuerza del raciocinio, se acogen al misterio, después que se han derramado con mucha fecundidad y aparato de ciencia en las ideas que pueden serles favorables, cuando se les hacen objeciones que no tienen respuesta, entonces se hacen modestos, confesam su ignorancia y se acogen á las vías de Dios desconocidas y á la profundidad de sus arcanos. Mas simple sería decirlo desde el principio, y confesar llanamente que no es posible saber ni creer nada con seguridad.

Yo os he hecho un raciocinio muy simple y mucho mas evidente que vuestras pruebas. Yo os he dicho: según vos mismo, el fin de la resurrección era convencer al mundo con este milagro de la divinidad del Evangelio y de la religión cristiana; la resurrección como se ha hecho no lo ha conseguido, y hubiera podido conseguirlo si hubiera sido pública y patente. No se puede pensar que un Dios sabio no tome las medidas propias y eficaces para lograr el fin que desea: luego esta resurrección no viene de Dios, ó lo que es mas cierto, no es verdadera; y vos, en vez de responderme directamente, en vez de indicarme cómo puede ser Dios siendo tan imperfecta y habiéndose mostrado casi inútil, en vez de explicarme claramente qué motivos ha podido tener Dios para no hacerla tan útil y tan pública como la razón me dice que podía hacerla para conseguir su fin os acogéis al recurso ordinario de los que no tienen razón: que es la limitación de vuestros ideas y la incomprendibilidad de los caminos de Dios. Esto es envolverse en la oscuridad, y no es filosófico.

—Cómo, señor. ¿Yo me envuelvo en la oscuridad, cuando os he probado con pruebas demostrativas y evidentes que Jesucristo resucitó? Me parece que en esto no hay oscuridad y que no puede haber nada mas claro; ahora me preguntáis.....

Es verdad que me lo habeis probado, y debo confesar que vuestras razones son positivas, naturales y convincentes, que me rinden, y que mi razón no sabe resistirlas, pero, para fundar mi convicción entera no bastan, pues desde que concebí que esto no es conforme á la bondad y á la salubridad de Dios, nada puede ni debe persuadirme.

—Pero no podéis engañaros en este concepto? ¿No debéis decir mas bien: pues el hecho está probado, Dios sin duda le hizo, y pues lo hizo, es claro que así debía de ser?—Con este método no se podría discernir nada; sería menester enrojarse con indolencia en los abismos de la profundidad divina.—Se podrá decirse de todo, pero con medida y con la sonda en la mano iremos adelante hasta que nos alcance la luz que nos alumbrará; pero cuando sea nos abando, precipiámonos, y nos contentaremos con andar en el espacio que tenemos ya conocido.

—Por ejemplo, yo tengo bastante luz para saber que Jesu-

cristo ha resucitado. Vos me preguntáis ahora, ¿por qué no resucitó de otra manera? Aquí la luz me falta, porque no sé, ni Dios me ha revelado los motivos que tuvo; pero, como por otra parte, tengo bastante luz para saber que Dios hace lo que mas conviene, no dudo que pudiese resucitar de esta manera, si él quisiera.

Vuestra razón inquieta y curiosa viene á decirme: pero si hubiera sido pública, se hubiera persuadido mas. Yo le digo, no lo sé; vos me replicáis: pero para convencernos es menester que me persuada, que esta conducta no es digna de Dios ni contraria á su sabiduría. Yo respondo. Vos debéis suponerlo, aunque no se lo parezca á la ligereza de nuestra imaginación; y observad que yo no lograría nada en descubrir las razones por qué Dios prefirió esta resurrección secreta á la pública; porque, como son infinitas las maneras como puede resucitar, vos podríais imaginar después otra que os pareciera mejor; y cuando, por ejemplo, hubiera resucitado en la plaza de Jerusalén, podríais preguntarme por qué no resucitó en la de Roma, y así hasta lo infinito.

Si para creer una verdad no bastara la evidencia del hecho, sino que fuera necesaria también la de los motivos, no podríais creer ni los mas visibles fenómenos de la naturaleza, ni ninguno de los hechos históricos, ni menos ninguna de las verdades morales; porque unas veces podéis tener evidencia bastante, ni de los resortes interiores de su juego, ni de los motivos secretos que los produjeron, ni de los principios en que se fundan.

No hay cosa en que yo no podré repetir vuestro raciocinio. Yo os probaré con vuestro mismo argumento que la religión natural es una fábula; porque os diré el fin que podía tener Dios en inspirar la religión natural, era hacerse conocido al hombre, para que éste le adorara y le tributara el culto que le debe. La religión natural tal cual es no lo ha conseguido, pues vemos el mundo lleno de ritos absurdos, de ceremonias ridiculas, de sacrificios execrables. El insensato dice en su corazón: no hay Dios; y otros no menos insensatos dicen: que el Señor ha abandonado la tierra á sí misma y no se ocupa en lo que hacen los hombres. Añadiré es cierto que Dios lo hubiera conseguido si se les hubiera manifestado de una manera mas pública ó patente, no se puede pensar que un Dios sabio no tome las medidas propias y eficaces para el fin que desea; luego la religión natural no viene de Dios, ó lo que es mas cierto, no es verdadera.

Con el mismo argumento os probaré que nada es cierto, que nada es bueno, que nada puede venir de Dios, porque, como por una parte todo es imperfecto en el mundo, y por otra, los alcances de la razón son bastante limitados; como las vislumbres de la imaginación son infinitas, siempre que ésta en los delirios de su frenesí concebía que una cosa pudiera ser mejor, concluirá que no es de Dios, y acabará por probar que esta máquina del mundo no es obra de sus manos, porque no se cumple el fin para que Dios le hizo, pues hay vislumbres, y que Dios hubiera podido fácilmente haberlo mejor.

¿Adónde nos llevaría, señor, vuestro raciocinio? ¿Cómo nos detendremos, no daremos un paso mas por tener de precipiámonos, y nos contentaremos con andar en el espacio que tenemos ya conocido? ¿Cuántas veces nos engañamos? ¿Tenemos bastantes nociones de la totalidad del

muado, para juzgar bien de cada cosa en particular; ¿podemos bastante las relaciones, y cadenas con que está enlazado el universo, para descubrir lo que es mejor para la especie humana? si tenemos una idea justa de Dios, ¿podemos dudar que no tenga razones justas, sabias y santas para hacer todo lo que hace aunque se escondan á nuestra inteligencia? Sin pensamientos están mas lejos de los nuestros que el cielo de la tierra; nuestra soberbia debe degradarse, sin que jamás pueda satisfacerse nuestra curiosidad. ¿Qué podemos pues hacer? Yo os lo repito: ser prudentes y moderados, aprovecharnos de las luces que nos da, pues bastará á conducirnos en esta vida, y á dirigirnos bien á la otra y adorar con rendimiento los secretos que no ha querido revelarlos.

Però para acabar de tranquilizar vuestro espíritu, procuraré con la debida reserva y respeto decir os algo de lo que pueda alcanzar nuestra débil comprensión en estos arcanos escondidos; lo que voy á decir os puede responder tanto á la inducción que he hecho de la religion natural, como á lo que habéis dicho contra el secreto de la resurrección. Parece, señor, y esto se ve por los efectos que Dios ha querido por razones de sabiduría y de bondad, que tanto la religion natural como la revelada tuviesen en sí mismas tal carácter de claridad y evidencia, que el hombre fuera inexcusable, si no le rindiere el culto que le debe.

Por eso ha hecho en la primera, que las ideas propias, los sentimientos interiores y todos los objetos que le rodean, le exciten al conocimiento de su Criador, á fin de que le conozca y le adore; y por eso tambien á la religion revelada la ha revestido de pruebas tan claras y evidentes, que es imposible que la razon pueda cerrar los ojos á su luz. Yo he manifestado muchas razones con motivo de la resurrección, y pudiera manifestar otras muchas si quisiera: en todas verias que Dios ha derramado la luz á manos llenas, tanto para hacernos conocer que la religion es obra suya como para instruirnos de lo que debemos practicar.

Esto era digno de la bondad de Dios, porque habiendo criado al hombre para conocerlo y adorarlo, era consiguiente que le diese en la religion natural todas las luces y sentimientos necesarios para que conociese y sintiese su existencia, y en la revelada todas las pruebas que pudiesen acreditarle su divino origen, y todos los documentos que le enseñasen lo que debía hacer para adorarlo como quiere ser adorado. Esto es lo que ha hecho Dios con abundancia, y en esta parte todo es luz, todo es claridad.

Però no ha querido contentar su curiosidad, y lo que es mas, ha querido tambien ejercitar su fe; pues el menor obsequio que puede hacer el hombre á Dios cuando está seguro que habla, es creer lo que le dice y suponer á pesar de las repugnancias de su razon y de la aparente contradicción de sus ideas, que Dios tiene superiores razones para todo lo que hace.

Supuesto este orden ó economía, era necesario que en una y otra religion hubiese una parte muy clara y otra oscura, y esto es lo que hay. Todo conviene al hombre de la existencia de su Autor; los cielos se lo predicaban y la naturaleza se lo dice con elocvente voz. Así no hay necesidad, por bárbara é ineulta que sea, que no reconozca y adore la divinidad; pero como el hombre por otra parte es libre y sujeto al error, muchos han caído en absurdos vergonzosos. Se puede presumir que si Dios hubiere querido manifestarse de

una manera mas palpable, si hubiera querido imprimir en sus almas una idea mas clara de su grandeza y majestad, se hubieran descubierto menos.

Però nosotros que conocemos su sabiduría y su bondad y que no podemos descubrir sus motivos secretos, solo podemos decir: que Dios tendrá buenas razones; que quizá ha querido que con esta menor luz puedan adquirir la felicidad que les prepara, porque con mayor luz no hubiera mérito ni ejercicio de virtud. Y sobre todo, diremos que Dios les ha dado luz suficiente, que si se han descubierto es por su culpa, y que son inexcusables de no haber seguido la luz que tenían, pues era la bastante.

Ve aquí lo que se puede aplicar á la religion revelada, y ve tambien aquí lo que puedo responderos á vuestro argumento sobre la resurrección. Todo me prueba con evidencia que Jesucristo ha resucitado de la manera que me lo refiere el Evangelio. Vos me confesais que las pruebas son claras y convincentes y esto me basta. Despues venís á decirme que si la resurrección hubiera sido pública, se hubiera persuadido mayor número de judios y conseguido mejor su fin; yo no veo esto tan claro; pero cuando lo fuera, debo repetirlos lo que ya dije para una y otra religion.

Que yo, que conozco la bondad y sabiduría de Dios, pero que no alcazo los motivos secretos de su conducta, no dado que tenga buenas razones para hacer lo que hizo; que quizá no ha querido darnos mas que esta luz para que con ella logremos nuestra mayor felicidad, porque con mayor luz no tendria mérito alguno el obsequio de nuestra fe. Sobre todo, diré, que el que ha visto las pruebas de la resurrección de Jesucristo, tiene ya luz suficiente, y que si la abundancia, porque no se le da otra mayor á gusto de su antojo, es inexcusable por no haber seguido la luz que tenía y que era bastante.

— Vos me habéis temblar, y comienzo á desconfiar de adelantarse con vos un paso, porque tendis respuesta para todo, pero explídamos solamente ¿por qué si la resurrección de Jesucristo es verdadera, no han hecho mención de ella los autores profanos? ¿No es esta una grande presunción de su falsedad? porque, padre, si ha habido en el mundo un prodigio semejante, un hecho único que no tiene semejante y que es capaz de sorprender y espantar al universo, es posible que esta naturaleza si estuviera probado, no podia dejar de admirar á toda la tierra, y no era posible que le olvidase ninguno de los autores contemporáneos; no habria reino, provincia ni rincón que no le depositase en sus archivos, y se grabase en sus anales para transmitirlo á la posteridad como un hecho tan inaudito como nuevo.

Y no me digais que este silencio puede venir de olvido ó del desprecio con que entonces Roma y las demas grandes naciones miraban á los judios. Yo sé que estos eran muy despreciados y que se hacia poco caso de lo que pasaba entre ellos; però á pesar de esta razon, si fuera cierto que en su comarca hubiera existido un suceso de esta especie, su novedad, su extrañeza, su importancia hubiera propagado la noticia por todas partes y la hubiera llevado hasta los palacios y los tronos.

¿Podéis imaginar que si fuera cierto que ahora resucitase un muerto en la aldea mas oculta de una nacion, la oscuridad de su cuna impediria que su noticia se derramase por todos los espacios de la tierra? Seria, pues, mala excusa el desprecio general de las naciones para los judios, porque se

to no bastaria para ignorar, olvidar y no escribir asunto tan extraordinario.

¿De dónde viene, pues, que tantos autores que han hablado de tantas cosas y de tan poco momento, no han dicho una palabra de esa resurrección aombrosa? Porque los únicos que hablaron de ella, fueron algunos pocos judios, que los cristianos llamaron apóstoles y evangelistas. ¿Y quiénes son estos? Hombres bajos, ignorantes, discípulos de Jesucristo, por consiguiente interesados, que escriben en secreto, que no escriben para las demas naciones sino para ellos mismos: pues no publican sus mismos libros, y lejos de comunicarlos, era un delito entre ellos mostrarlos á los gentiles.

A vista de estas indisputables circunstancias, ¿qué me dice mi razon? Que si los hombres ilustrados que escribian en los anales públicos del mundo no escribieron este hecho á pesar de su importancia y magnitud, es porque no fué cierto; porque en caso de serlo, no puedo suponer que lo ignorasen, y que si algunos judios lo escribieron, fué porque quisieron hacérselo creer á sus descendientes por la gloria de su Maestro y por la que ellos mismos creian hallar en crear una religion nueva; pero que astutos y prudentes, considerando que no podian hacer creer desde luego sin milagro que no existia, se contentaron con escribirlo y derramarlo al principio entre ellos mismos, esperando que el tiempo fuese poco á poco extendiendo y acreditando la impostura, para que despues y cuando ya no hubiese quien la pudiese contradecir, se pudiera entonces manifestar con arrogancia.

Vos diréis que yo hago una novela bonita; però yo os diré que esta manera oculta y misteriosa con que los Evangelios corrian solo entre los nuevos cristianos, esta presunción tan cuidadosa con que los escudaban á los gentiles y judios, hasta castigar y mirar con horror á los que les comunicaban su lectura, me hace temer que no iban de buena fe y que habia alguna alevosía en sus designios. La verdad no se esconden; y si la resurrección era tan cierta, ¿por qué escondian tanto el libro que la referia? Yo no lo comprendo; però aunque vos me respondais finalmente á todo, me parece difícil explicar el proceder cauteloso de los primeros discípulos de Jesucristo, y mucho mas el silencio absoluto y general de los autores profanos.

— Vuestro objeción, señor, parece justa y contiene varias partes; procuraré satisfacer á cada una con separacion. Podria responder en general que todas estas nuevas referencias son tambien negativas y que ya hemos visto que los argumentos negativos no prueban nada por sí mismos, y menos pueden probar contra pruebas positivas.

Pudiera haceros observar de paso, que es una grande presunción en favor de mi causa y muy contraria á la vuestra, ver que despues de muchos esfuerzos no se pueda presentar contra la resurrección ningun hecho positivo, nada que tenga apariencia de prueba, nada que pueda destituir ninguna de las que nosotros alegamos, nada que pruebe ó que nuestros hechos son falsos, ó que no convinieren de lo que queremos convencer, ó de que sacamos de ellos conclusiones falsas; y esto era necesario para combatirnos. ¿Qué fuerza nos pueden hacer los autores que no han hablado? Los que no dicen nada, mala pueden probar; y cuando produjeran alguna presunción, las presunciones no son pruebas.

Però voy á responderos directamente, y empezaré por desahacer las nieblas y desconianzas con que queréis cubrir la primera publicacion del Evangelio. Vos dais á entender que los primeros cristianos escribian sus Evangelios en secreto para ellos mismos, que los escudaban de los judios no convertidos y de los gentiles, y escondian en este proceder sospechas contra su verdad; però el hecho no es cierto, y al hacer esta objecion vos confundis las épocas.

Es verdad que hubo un tiempo en que los cristianos se hicieron un punto de conciencia de no entregar sus libros sagrados á los gentiles, y que á los débiles que los entregaban los separaban de su comunión, los miraban como traidores y los llamaban con el afrentoso nombre de libeláticos. Un efecto, la palabra de *traidores* que se hizo despues tan comun en nuestra lengua, que tiene hoy una significacion mas exacta, trae su origen de la de *traidores*, que quiere decir haber entregado los libros de la religion; delito grande, porque las circunstancias le habian equivocado con la apostasia; però esto fué muy posteriormente y cuando la persecucion se habia hecho mas general: vé aquí el motivo.

Entre los medios que los tiranos inventaron para exterminar el cristianismo, uno de los mas fuertes y quizá de los mas astutos era quitar á los cristianos sus libros de religion parecidos como por este medio les quitarian la facilidad de ejercitarla, de propagarla y enseñarla á sus hijos. El emperador Juliano fué uno de los que usaron de este ardid con mas teson. Les mandaban pues entregar los Evangelios para quemarlos, y este acto de entregarnos parecia ya una señal de infidelidad. Muchos débiles los entregaron por temor, los constantes los defendian y preferian el martirio á semejante cobardía. Ve aquí cuando y por que escondian sus libros á los gentiles.

Però no fué así poco despues de la muerte de Jesucristo y al principio de la publicacion del Evangelio. Entonces los cristianos, que adoraban al mismo Maestro y que sabian que todo en él era precioso, procuraban recoger todos los hechos de su vida, todas sus acciones y hasta los menores de sus discursos y palabras, y formaban libros de historia, que es lo que llamamos Evangelios. Como entonces no habia imprenta, se multiplicaba de la escritura; però se multiplicaban copias que servian para el uso de las familias cristianas, y lo que es mas, cada uno era dueño de escribir la historia á su modo, añadiendo ó quitando á su arbitrio, segun su talento y devocion.

De aquí resultó que estas historias ó Evangelios particulares se multiplicaron mucho: fué natural que con el trascurso del tiempo y á medida que se alejaban los sucesos de la época en que pasaron, una devocion poco ilustrada hubiera introducido en los que se escribian de nuevo hechos poco seguros y con solo el apoyo de tradiciones populares; la Iglesia, que en materias tan sagradas usa de la mayor circunspeccion y que no quiere que los fieles vean sino lo que con toda seguridad es digno de veneracion, entre tantos Evangelios distinguió y abrazó cuatro, de cuyo origen y autenticidad no se podia dudar, porque fueron compuestos ó por apóstoles ó por compañeros suyos con aprobacion de los primeros, y que habian sido repetidos por todos los fieles desde los primeros dias del cristianismo.

Entonces la Iglesia declaró que solo estos debian ser la

regia de nuestra creencia. Con esto los cristianos los adoraron exclusivamente, continuándoles el respeto y veneración que siempre les habían dado. A los otros se les dió nombre de *apócrifos*, no porque fuesen fábulas ni porque fuesen falso todo lo que contenían, sino porque podía haberse introducido entre ellos alguna cosa que no fuera tan segura; y desde que estos Evangelios perdieron su autoridad, es natural que se les abandonase, que no se sacasen nuevas copias y que poco á poco se perdiesen.

Voltaire ha hecho mucho ruido con estos Evangelios, ha tenido el impulso y estéril trabajo de desenterrar algunos y de abultar sus libros con las copias literales. Pretende que era más de cincuenta, y es probable que fuesen más de quinientos; porque entonces cada uno los escribía como sabía y con las noticias que podía recoger. Es natural que la deserción los multiplicase, y también lo es que el tiempo haya destruido muchos sin dejar de ellos la menor noticia.

Pero que sean cincuenta ó mil, qué inducción puede sacar Voltaire de este hecho que intencionalmente con tanta ostentación? Cuando antes que se hubiera puesto una regla se multiplicasen las historias, ¿qué puede probar más que la devoción y el deseo de conservar la memoria? Cuando en algunos se hubieran introducido hechos que fueran menos auténticos, ¿qué podría perjudicar esto á la autenticidad de los recibidos, que fueron los primeros y los más venerados en todo tiempo por los fieles? En efecto, no se percibe qué objeto pudo proponerse en tan inútil y fastuosa erudición.

Pero esto, que nada prueba al intento de Voltaire, debe probar que vuestras sospechas son poco fundadas y que los hechos que las producen no son ciertos; pues es claro que los cristianos, lejos de esconder entonces los Evangelios, los multiplicaban, se servían de ellos en las familias y los propagaban comunicándolos á las que se hacían cristianas, y que este fué el modo con que cada día el cristianismo iba tomando la prodigiosa extensión á que llegó después.

Por otra parte, ¿cómo se puede decir que los cristianos escondían sus Evangelios cuando los apóstoles y demás discípulos desde los primeros días empezaron á publicarlos, y predicar la resurrección no solo en las plazas y calles, donde convertían judíos á millares, sino en las Sinagogas mismas y hasta en la presencia de los jueces que los hacían comparecer? ¿Cómo podían imaginar que estos hombres por su gloria y la de su Maestro escribiesen en secreto un milagro que no existía, desconocidos de los que creyeron los actuales para hacerle creíble á sus descendientes, cuando es visible que ellos mismos le aseguraban y certificaban haberle visto, no solo al pueblo que creía, sino á los jueces mismos que los amenzaban con la muerte?

Vos veis, pues, señor, que estos hechos que son tan públicos como ciertos, demuestran con claridad vuestras sospechas; que si hubo un tiempo en que escondían los Evangelios porque las circunstancias lo requerían, no lo hicieron así cuando la religión empezaba, sino que al contrario, los publicaban, y que llenos de ardor y de caridad procuraban extenderlos á costa de su propia vida. Así habiendo disputado con evidencia este malhadado, pasemos á otro.

Vos extrañis que los autores profanos no hayan hecho mención de la resurrección de Jesucristo, y de su silencio infiere que no fué cierta; me parece que la consecuencia no

es legítima; lo más que podéis inferir es, que no la vieron ó no la creyeron, ó no la quisieron escribir. Pero replicáis, ¿cómo no oír ni escribir un hecho tan extraordinario, tan nuevo, tan capaz de asombrar toda la tierra? Yo podría responderos que esto no debe parecer tan difícil si se observan las circunstancias, y también pudiera decir que vos mismo lo observáis.

La Judea era un pequeño y despreciado cantón de la tierra. Jesucristo pasaba por hombre obscuro, sus discípulos eran pescadores pobres y groseros, el milagro de la resurrección por razones que Dios ha tenido no fué público, sino como hechos visto, secreto y progresivo. Jesucristo se manifestó diversas veces, pero no fué más que á los suyos; estos le vieron, pero no fueron creídos; muchos se convirtieron; pero otros no se quisieron convertir, sobre todo, los principales, como Pilatos, Herodes, los sacerdotes, los escribas y doctores, no se convirtieron: todo esto formaba un cuerpo de presunciones para los que estaban lejos, y no podían instruirse por sí mismos.

Un hecho de esta naturaleza no puede ser creído ni sostenido sino cuando es verdadero; solo la verdad puede darle consistencia, porque toda mentira se disipa con el tiempo; pero también para que la verdad, cuando no nace apoyada con toda la luz de la evidencia, pueda sostenerse y propagarse, necesita de tiempo; el solo es el que da las ocasiones de que se manifieste y el solo la puede consolidar, y esto es lo que ha sucedido con el cristianismo.

Pero mientras llega este efecto del tiempo, los que no han venido todavía al de la claridad, no pueden verla, y se dirigen por las ideas generales que dominan. Así la noticia de un hombre resucitado en la Judea, que estaba solo acreditado entre un pequeño número de judíos tan desautorizados como lo era él mismo, crucificado por sentencia de sus jueces y despreciado por los sabios y los principales, no podía entonces hacer mucha sensación en Roma. La noticia, ó no llegaría á hombres ocupados en el gobierno del mundo, ó en el estudio de las ciencias, ó en el ambición y sus placeres, ó llegaría como una de las muchas fábulas en que los instruidos se ríen de la simplicidad del pueblo y en las que la imaginación no se detiene. Así podía suceder muy bien que la resurrección no hubiese llegado á los oídos de muchos escritores de Roma ó á los autores lustres de otras partes, ó que si hubiese llegado, la oyesen en sus principios con desprecio.

Verd pues cómo no es extraño que muchos de ellos no hablasen de ella en sus obras; y á pesar de estas reflexiones, yo he citado ya á Suetonio, á Tácito, á Plinio, á Luciano, á Josefo, á Juliano; á César, todos autores profanos, gentiles ó judíos, que hablaban de Jesucristo y su resurrección bien ó mal, como era natural, según sus opiniones y según las pocas luces que podían tener de un suceso que pasó lejos de ellos y que no pudieron examinar por sí mismos; pero no me detengo en esto porque no es el modo con que pretendo responderos, y lo vais á ver.

Vos decís, señor, que si la resurrección fuera cierta, los escritores profanos no la hubieran olvidado y que su silencio es un indicio de su falsedad; yo no quiero combatirlos este raciocinio, y me cifo á haceros una pregunta: si yo pudiera mostraros veinte textos formales de autores gentiles ó judíos que dijeran que la resurrección era cierta, ¿qué diríais?

Yo diría que entonces era necesario creerla, porque á la prueba positiva que vos dais del testimonio unánime de los discípulos que aseguraron haberla visto y que la predicaron, se añadiría el de los autores de aquel tiempo, que con el suyo más desinteresado y más instruido formarían una reunión de pruebas que no sería posible resistir: confieso que por mí no sabría qué decir más, y tanto que me haría cristiano ó no pensar; pero no tengo esta inquietud, porque no usé los medios mostrados.

Señor, vamos despacio, puede ser que si, y entendámonos. ¿Qué debemos entender por escritores profanos? Si entendéis gentiles ó judíos que por no estar bien instruidos no sabían ó no creían la resurrección, me podéis una cosa contradictoria, porque ¿cómo pueden escribir que la resurrección es cierta los que no la saben ó no la creen? Digo contradictoria, porque los supuestos profanos y no lo serían, pues con solo el hecho de creer la resurrección, dejarían de serlo y pasarían á ser cristianos. Lo único que podéis razonablemente pedir es, que os muestre escritores de otras sectas y otra religión que la cristiana, que estando en el caso de poder informarse, han conocido la resurrección y la han escrito. Y si puedo mostraros también que la creyeron tanto que dejaron por ella su antigua secta y adoptaron el cristianismo, me parece que su testimonio será mucho más persuasivo. Entonces estos autores eran profanos ayer y son cristianos hoy; su dicho adquiere fuerza, y si lo escribieron en tiempo en que se escribía tan poco, no me podréis negar que he encontrado más de lo que podáis pretender.

Yo no sé lo que queréis decir, lo que yo digo es, que soy bastante racional para no extrañar que no hablasen de la resurrección los chinos y los persas; pero por qué no la escribieron los griegos y romanos que estaban cerca, no siendo probable que todos ignorasen un hecho tan extraordinario si fuera cierto? ¿por qué no la escribieron los mismos judíos? Bien se que entonces se escribía poco, pero entre los pocos libros que han venido á nosotros, nos han pasado otras noticias: ¿cómo no nos han comunicado esta, la mayor de todas? Vos me ofrecéis veinte textos formales y yo me contentaría con cuatro ó seis.

Pues señor, yo puedo daros no veinte textos, no veinte autores, sino millares y millones, todos contemporáneos, que escribieron la verdad de la resurrección, no con tinta, sino con sangre, y la certificaron no solo á la última hora de su vida, sino entre los tormentos de la muerte; en una palabra, la innumerable tropa de judíos y gentiles que se convirtió con la evidencia de este milagro, de aquellos que le dejaron escrito á todos los siglos con su propia sangre.

Por ejemplo, Santiago entre los judíos por su conocida virtud había merecido el renombre de justo; los escribas viendo la comoción que producía en el pueblo lo que decían los apóstoles de la resurrección, imaginan que Santiago, que gozaba de la mejor y más general estimación, no sería por un socorrido villano capaz de apoyar una mentira, y que bastaría que él la desmintiese para que nadie la creyera; van á hablarle y le dicen que es necesario que desengañe al pueblo, porque todos creerán lo que él diga.

Santiago no se explica, pero dice que está pronto á decir la verdad al pueblo; le hacen subir sobre un techo, y los escribas y fariseos le dicen desde abajo: Tú que eres justo y el único á quien todos debemos creer, pues que hay

otros que quieren engañar al pueblo con ese Jesús que fué crucificado, dínos la verdad. Entonces Santiago, levantando la voz, responde: La verdad es, que ese Jesús de quien hablais resucitó, que ahora está sentado en el cielo á la diestra de su Padre y que un día debe volver á juzgar á los hombres. Muchos creyeron este testimonio tan público; pero los fariseos irritados le precipitaron abajo y lo hicieron morir. Me parece, señor, que este es un buen autor, que dejó escrito con su sangre un excelente texto.

Estaban también..... —Yo le interrumpo: vos vais á hablar de los apóstoles y mártires, pero esto es volver al principio, y todo ese número no añade nada á vuestra prueba. Esa tropa era compuesta de los mismos discípulos de Cristo ó de algunos débiles que los creyeron. Yo no hablo de esas gentes; yo necesito de otra especie de testigos, de hombres que sean extraños, imparciales é instruidos.

Y bien, señor, no refutamos por este. Me conformo con vuestra idea y desde luego doy por recusados á los apóstoles; é los evangelistas; á los discípulos, en fin, á cuantos siguieron á Jesucristo; constantes, me acuerdo, aunque dado á tanta costa, sea por ahora tenido por nulo, y que no estimo más que los extraños é imparciales que hayan podido hablar en esta materia. ¿Estáis contentos?—Sí, padre, y si me producís testigos de esta especie, que por su parte corroboren lo que dijeron los discípulos, me daré por vendido.

Pues bien, señor, os como la palabra y yo mismo los vais á encontrar presto; porque los discípulos, evangelistas y apóstoles eran un número muy corto, y los cristianos que se convirtieron y no eran ellos, desde luego fueron muy numerosos, y los mártires innumerables. De aquí debéis inferir que los imparciales y extraños fueron muchos y no se puede pensar que todos hayan sido precisamente débiles. Esta presunción sería por sí sola temeraria; pero lo es mucho más cuando se considera que la mayor parte murió con una constancia heroica por defender con firmeza esta misma verdad. Sería muy ridículo pensar que eran pusilánimes unos hombres que manifestaban un carácter tan relevante. Ve aquí un inmenso número de los testigos que busco y que se agregan á los discípulos para persuadirlos la verdad.

Si queréis alguna cosa más determinada, también os la puedo dar. Voy á presentaros un autor que ciertamente no podéis recusar, pues no solo era imparcial y extraño, sino sabio y enérgico. Este es Saulo, que no habia visto ni conocido á Jesucristo, sino que profesor celoso de los ritos judaicos, por principio de religión perseguía con furor á los nuevos discípulos de Jesús. Este ardiente y fervoroso judío, haciendo el camino de Damasco precisamente con el fin de ir á perseguir los cristianos, cae del caballo, dice que Jesucristo se le aparece, y en una palabra, se muda tanto, que al instante se hace uno de los apóstoles más activos, publica la divinidad y la resurrección de Jesucristo y acaba por convertir innumerables gentiles; de modo que él fué el que introdujo entre ellos la religión cristiana, y terminó su apostólica vida en los tormentos por confesar esta misma resurrección. Me parece que este es un testigo sin tacha y que no hay por donde recusarlo.

Yo pudiera presentaros también los muchos y grandes

varones que ilustraron la causa de la Iglesia, filósofos de toda especie, hombres de ilustre calidad, como los Policarpus, los Ignacio, los Justinos, los Ireneo, los Lactancio, los Clementes de Alejandría, los Orígenes, los Tertuliano y otros muchos, que no solo la adornaron con sus virtudes, sino que la defendieron con sus sabios escritos. Alguna de ellos y sus apologetas se han salvado del estrogo del tiempo y han podido llegar á nuestros manos. ¿Y qué, señor, testigos y autores de esta especie, no son dignos de crédito?

Para poder mostrarlos los muchos, grandes y sobresalientes ingenios que ha tenido la Iglesia en todo tiempo, sería menester referirlos su historia. Pero ¿cómo es posible recordarse el rápido y progresivo movimiento con que fué siempre creciendo el cristianismo, pues que existe hoy es un monumento visible del mundo con que ha ido llegando hasta nosotros? ¿Y á qué se ha debido esta progresión tan seguida y candorosa sino á los nuevos milagros que hacían los apóstoles, á los que después de ellos hicieron sus sucesores, y en fin, á los que se repitieron en los primeros siglos?

Porque debía observarse que cada siglo tenía sus convertidos, á causa de los milagros que veían. Por ejemplo, los del primer siglo, que no conocieron á Jesucristo y que fueron discípulos de los apóstoles, como Ignacio, Policarpo y otros, se convirtieron porque vieron los milagros de sus maestros, que se decían testigos de la resurrección. Los del segundo, como Ireneo, Justino y los demás, se convirtieron porque vieron los de sus maestros Ignacio y Policarpo; y de este modo se fueron enlazando las conversiones de unos en otros hasta el entero establecimiento de la Iglesia. El último milagro que se hizo estaba encañonado con una descendencia seguida y sucesiva con los que hicieron los apóstoles para persuadir la resurrección. ¿Y qué, señor, tantos testigos de unos milagros que los forzaron á mudar de ideas y á sacrificar su vida por confesar la resurrección, no os parecen buenos textos para probarla?

Yo os he cumplido mi palabra, yo os he presentado en los judíos y gentiles convertidos millares de testigos que vieron los milagros que los convirtieron y que fueron autores prácticos, que con su sangre escribieron con caracteres eternos é indelebiles el de la resurrección. Y considerad la diferencia que hay entre los autores que os presento y los que vos me pedís. Si yo os produjera veinte testigos formales de autores profanos, vos juzgaríais desearme con razón que los otros estaban muy lejos del teatro para estar bien informados del suceso; que los otros no habían escrito sino por rumores populares, que la autoridad de aquellos es sospechosa, que el testimonio de estos es vago, que el sentido del tal pasaje no es claro, que el de tal otro es equivoco, que tal autor no es claro, que el que copiar á otro, que seguí el camino y estaba mal instruido, en fin, vos podéis hallar razones tal vez justas para debilitar el testimonio de todos.

Pero yo os presento no veinte, sino millares de autores de toda excepción, sin que sea posible poner la menor de estas tachas á ninguno de ellos. Es verdad que yo no son profanos, porque se han convertido y se han hecho cristianos; pero un momento antes de convertirse lo eran, y si han dejado de serlo, es porque han sabido ó han visto cosas que los han convencido. No podéis decirme que no eran con-

temporáneos, que no estaban bien informados, que escribieron por rumores populares, que estaban lejos del suceso; por el contrario, debéis suponer que se instruyeron bien, pues podieron, y que la evidencia de la verdad les forzó á mudar de opinión, que cada uno era testigo del milagro que lo convirtió, y que no se contentaron con creerlo y decirlo, sino que perdieron la vida por acreditarlo.

¡Ah, señor! Cada autor escribe en su gabinete lo que quiere, y de ordinario se escribe con ligereza, sin profundizar mucho la verdad de lo que se escribe, hasta que se pueda adquirir reputación; pero no se procede así cuando depende la vida de lo que se dice ó escribe, cuando es menester sellar con su sangre la verdad que se defiende. Yo creo sin dificultad, decía Pascal, á los testigos que se dejaban degollar por no ofender la verdad, testigos que prefieren los tormentos y la muerte á la flaqueza de desmentir el hecho que han visto; tales testigos merecen ser creídos. En todos los demás puedo haber mucho que rebajar, pero en estos no cabe engaño ni error.

Añadid ahora, que diez testigos oculares que nunca por sostener la verdad de un hecho que dicen haber visto, son mas creíbles que diez mil que quisieran negarle, y debéis persuadir mas que cien millones que guardan silencio. Veinte textos de autores, aunque fueran judíos y verdicos, no deben hacer tanta fuerza como muchos pueblos de mártires; y el silencio de todos los historiadores, que es mudo, no pudiera ser tan elocuente como un río de sangre que atraviesa los siglos publicando siempre la verdad.

Pero yo tengo mayores ventajas, pues como habéis visto, este silencio no existe, y si todavía no os basta, si queréis que sean precisamente hombres que no creían en la resurrección los que hablan de ella, os citaré los innumerables autores profanos que en sus historias cuentan la asombrosa firmeza con que los cristianos sufrían la muerte para confirmar su certidumbre. Pues no es dudoso que se les hacia padecer tantos tormentos porque confesaban la divinidad de Jesucristo, fundados sobre su resurrección; y en verdad hablan de esta los que refieren que se padecía por ella.

No solo los historiadores, sino los filósofos y los poetas han escrito desde los primeros siglos la constancia mas que humana con que los cristianos hasta en el suplicio mismo confesaban é invocaban á Jesucristo resucitado, concionan pues este prodigio. Así, no se puede decir que han guardado un profundo silencio, y me parece que os he probado sobradamente que no solo puedo mostraros veinte, sino millares de autores que eran profanos y dejaron de serlo porque se convirtieron, y otros millares que aunque no se convirtieron, no hablaron contra de la resurrección que confesaban los cristianos.

—Confieso, padre, que no sé qué decir; vuestra sagacidad me embaraza. Vos me decís cosas que yo no sabía y sobre que no había reflexionado. Ya os he dicho que yo no he hecho un estudio sério de estas materias; así, no es mucho que á cada paso me corra la boca; pero yo quisiera veros entrar en batalla con hombres mas hábiles que yo, con un Voltaire, por ejemplo, ó con un Rousseau; ellos sabrían responderos.

—¿Qué, señor? Muchas frustrerías. Me tratarían con modestia y desprecio. Si hubiera testigos, dirían chistes pioses, ironías sazonadas: ¿pero qué podrían decir de sólido? ¿p-

mo se puede resistir á la verdad? ¿Qué puede la superioridad de la elocuencia y del ingenio contra la masa irresistible de la convicción? Sería mucha desgracia que el error pudiese alumbrar con sus filabros resplandores, y que la pura y brillante luz de la verdad no pudiese debaer sus prestilios fallaces; pero gracias á Dios no es así. El error disminuye cuando no se le combate y cuando las pasiones le dejan tranquilo en la posesión del trono que le forman; pero cuando la verdad aparece, disipa los vapores del engaño como el sol las tinieblas de la noche, y el que no cierra los ojos y desea conocerla, no puede dejar de ver y sentir la hermosura de su puro esplendor.

—Pero, padre, vuestras pruebas me hacen fuerza, mi razón queda convencida, no sé que responder; pero mi corazón se resiste... Cuando pienso en un Hombre Dios, en un muerto que se resucita, y en todas las consecuencias que es-

to trae, mis sentidos se amotinán, la sangre me bulle, todo se me olvida, y experimento una gran repugnancia.

—Eso es natural, señor. El entendimiento es hecho para ver la luz, y no puede dejar de verla cuando se le presenta; pero de la cabeza al corazón hay un espacio inmenso. Para que un hombre marche, no basta que el sol le muestre el camino, es menester que su voluntad quiera ponerse en movimiento, que haga un esfuerzo y que se mueva; así no basta que la razón nos alumbré, es menester que se mueva nuestro corazón, y esto no lo puede hacer sino la gracia. Es verdad que Dios no la niega al que la pide, y ya es una muy grande haber convenido á la razón, ¿pero cuántos hay?... Estado en esto suena la campana, el padre se va, y yo quedo sumergido en confusión. Hoy estoy cansado de escribir. En mi primera te contaré las resultas. Adios, amigo.

CARTA X.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Querido Teodoro: ¿Quién es capaz de pintar el estado de terror y templanza en que quedé cuando el padre me dejó? ¿Cómo es posible recoger y reducir á orden el inabarcable tropel de ideas confusas y turbadas que atormentaban y afligían mi imaginación? No, jamás podré describirte ni las angustias de mi espíritu, ni las amargas inquietudes de mi corazón. ¿Qué? decía yo, con gritos que me aterraban á mí mismo, será posible que yo no sea mas que un necio? que estos filósofos no sean mas que hombres ligeros, que se dejan alumbrar de sus pasiones? ¿y que este eclesiástico, que yo veía no ha mucho con el mayor desprecio, sea el único sensato entre nosotros?

¡Cielos! Si Jesucristo se ha resucitado, Jesucristo es Dios; ¡y si Dios, qué será de mí? Entonces repasaba interiormente mi vida y el desorden de mi conducta, mi abandono á los deleites mas obscenos y á las pasiones mas abominables, mi entera abjuración de todo acto religioso, mi desprecio á todo lo que era cristianismo, mi odio á todo lo que podía tener relación con la Iglesia y los eclesiásticos, el tedio y furor encarnizado con que me bullaba de ellos ó los perseguía. En fin, revolvía en mi memoria el olvido de todas mis obligaciones, las injurias que hice á mi virtuosa y respetable mujer, la mala educación que he dado á mis hijos, y las continuas injusticias con que trataba á mis vasallos, dependientes y criados; todo esto se me presentaba junto como una masa inmensa de iniquidad y horror; y en el estremecimiento que sentía, gritaba como un frenético: ¡Ah, Jesucristo, si eres Dios, con qué horror me debes estar mirando!

Algunas veces, no pudiendo soportar el peso de tantas angustias, quería consolarme y persuadirme á mí mismo, que acaso todo lo que el padre me había dicho no sería mas que una ilusión; que él podía, con su ingenio y elocuencia, darme un aspecto que imponía, pero que, desmenuzada por hombres hábiles, podría hallarse trivial. Y con es-

te pensamiento recorría en mi espíritu sus pruebas, con deseo de encontrarlas fáciles; pero cuando volvía á reflexionar el orden, la fuerza y claridad con que yo percibía, volvía á gritar: No, estos no son sofismas del ingenio; la verdad hablaba por sus labios y la evidencia brillaba en sus discursos.

Entre tantas reflexiones que me acompañaban, me ocurrió una nueva que me hizo dar un vuelco al corazón, y ésta fué la muerte que di al extranjero. Hasta entonces este suceso no se me había presentado sino como una desgracia de que me consolaba fácilmente, porque la atribuía á su petulancia y orgullo. Mi amor propio se disgustaba, porque mi intención no fué matarle, porque él mismo se arrojó sobre mi espada, y porque en mi espíritu la idea de la muerte se terminaba en ella y no pasaba jamás á las consecuencias de la otra vida.

Pero ahora, que por la primera vez empecé á sospechar que vivía que podía haberla, y que se castigaria en ella los excesos de ésta, mi imaginación se detuvo. Esta desgracia, que había mirado con tanta ligereza, tomó á mis ojos un carácter mas grave, y me produjo un sentimiento amargo en el corazón. La conciencia empezó á hablarme, y me dijo, que si en el combate su imprudencia le condujo al estrago, yo había sido el agresor; y que mi envidia, mi aversión y mal humor, fueron la primera causa de aquel daño. Este remonimiento me atravesó el alma y me llenó de terror.

Pero lo que acabó de confundirme y apartó mi constancia, fué la idea de Manuel. ¡Ay, infeliz! decía yo corriendo por mi cuarto, tú sabes ahora, tú has visto la verdad. Si hay un Dios justo, si ama la virtud, si castiga los vicios, ¿cómo puede haberme recibido? ¿quién será tu suertec? ¡Santo cielo! ¿No es leuza haber vivido de esta manera? Cuando el cristianismo fuera falso, cuando ninguna revelación fuera cierta, si es verdad que hay un Dios, y que él nos

inspira las ideas de la virtud y nos da a conocer la fealdad del pecado, ¿son qué ojos puede haber visto tus acciones? ¿Con qué ojos verá las mías, tan próximas a las tuyas? Este pensamiento me hacía estremecer.

Para desahogar de mis angustias, volví a detener mi vista en la capicela imagen de aquel devoto y religioso padre. Su dulce y penetrante voz resonaba en mis oídos; repasaba en mi memoria su dulzura, su caridad y su paciencia; le comparaba con Manuel, conmigo, con nuestros amigos y con cuantos filósofos conozco, que viven dando satisfacción á sus sentidos: en la comparación me horrorizaba de nosotros. ¡Ay! Volvía á decir, este padre puede estar iluso, puede ser fanático; pero él es mil veces más dichoso que todos nosotros juntos; él vive en paz y goza tranquilo de su inocente vida, y todos los que se dejan....

Y si es verdad que hay un Dios que nos mira desde el cielo, y que nos aguarda para tratar á cada uno según sus obras, ¿qué diferencia pondrá entre nosotros? Y desde ahora mismo, ¿son qué ojos tan diferentes debe mirarnos? Cuando este buen padre estuviera engañado, no puede dejar de ser agradable un hombre que vive con tanta pureza, inocencia y caridad, un hombre que le hace tan penosos y continuos sacrificios porque piensa que le agrada con él. ¿Pero cuánto debe serle odioso el que, como yo, no piensa más que en satisfacer sus gustos, con riesgo de desgradarle y aun de ofenderle.

¿Quién sabe si nosotros somos los locos, y si estos buenos y simples cristianos que tenemos por insensatos, son los cuerdos y los que juzgan bien? porque, ve aquí un ejemplo muy breve: él ellos se engañan ó nosotros. Si ellos se engañan, ¿qué han perdido? Por pocos días de vida se han privado de ciertos placeres que no satisficen, han sufrido mortificaciones ligeras que pesan, y cuando el tiempo se ha consumido, todo lo pasado es nada; porque, ¿qué es lo que queda después de haber vivido? Pero si no se engañan, si es verdad que hay otra vida eterna y que en ella se pagan los delitos de esta... ¡Cielo, qué alternativa tan terrible!

El padre tiene razón. Los pasiones nos ciegan para no ver cosas tan claras. La filosofía y la razón que tanto ostentamos, no son más que pretextos para contentar nuestros gustos. Si, á lo menos, antes de abandonar la religión se empezara por estudiarla, por examinarla; si se pudiera por lo menos alegar que se había hecho algún cáncan, de sus pruebas... pero abandonarla sin entenderla, y desprenderla todas sin conocer ninguna, es una ligereza que muestra que solo se abandona porque incomoda.

Lo peor es, que estamos tan ciegos, que vivimos tranquilos, y que nos parece que sabemos cuanto hay que saber. Pero en lo poco que me ha dicho el padre, ¿cuánto me ha dicho de que yo no tenía la menor noticia? ¿Cuánto que me ha sorprendido y asombrado? Yo creía que para saber la religión bastaba leer á los filósofos; y empiezo á ver que vivía muy engañado. ¿Pero cómo no reflexionaba que la mayor parte de estos sabios que la desprecian y se burlan de los que la respetan, viven dando rienda suelta á sus deseos? ¿Cómo no comprendía que no eran garantes suficientes para farse en ellos, y que no puede librarnos de las consecuencias? ¡Manuel! ¡Infeliz Manuel! ¿Han podido ellos servirte de discípulo?

¿Y qué este padre que muestra tanto talento y luces, ¿es más que un insensato que cree delirios? Este hom-

bre, que hace una vida tan austera, ¿está alocado con ideas que le hacen tan fácilmente se desengañan los mundanos? Y tantos otros que hacen los mismos sacrificios, no son virtuosos y benéficos? ¿Por qué esos filósofos tan ilustrados y entendidos son orgullosos, intratables y avaros, y estos hombres tan crédulos y necios son tan pacíficos, desinteresados y modestos? Un error que produjera estos efectos, valiera más que una verdad capaz de conducir á los otros excesos. ¿Pero ay! ¿Dónde está la verdad? ¿Dónde puede estar? ¿Dónde está la virtud? ¿Dónde puede estarla tarde y cuando ya no hay remedio! Yo me acerco al fin de mi carrera, Manuel la terminó y no puedo tardar en ir á juntarme con él en el sepulcro.

Yo pasé toda la noche en estas ó semejantes ideas. Mi agitación era tan fuerte, que no podía sosegar en el lecho, y me fue preciso salir muchas veces y pasear por mi cuarto, porque no me era posible reposar un instante. Ya era cerca de amanecer, y á pesar de mis esfuerzos el sueño estaba muy distante de mis ojos. La sangre me circulaba como un torrente por las venas, y un calor extraordinario me devoraba las entrañas: al fin, después de largas ansias, vencido por la fatiga, cerré los ojos á la luz y se autorpecieron mis sentidos.

No creo que durase un cuarto de hora mi enagenamiento; pero este estado de hora fué terrible. Lejos de sentir la calma de aquel dulce reposo que sirve de descanso al trabajo del día, sentía una agitación tumultuosa del turbado y confuso desorden de todas mis potencias. Al instante me vi rodeado de imágenes funestas, de espantosas fantasmas que me llenaban de terror. Me pareció que me hallaba en una tenebrosa región en que reinaba un triste y pavoroso silencio; no veía más que mis luz finceta y deslegada que apenas alumbraba para poder divisar las tumbas y esqueletos de que estaba cubierta.

No dudé que me hallaba en el sitio destinado para que habitan los muertos. La profunda inmovilidad de cuanto allí yacía, añadida al borroado y lígubre aspecto de cuanto se miraba, produjeron en mi alma sensaciones de horror. ¡Pero cuánto creció mi sobresalto cuando vi que las tumbas se movían que se habrían los sepulcros y vomitaban de su seno esqueletos animados, que, con semblante cálido y horrible, corrían presurosos y se mezclaban los unos con los otros!

Todos tenían el aspecto lúbrico, el ademán dolorido y el gesto amenzador y espantoso; todos echaban los ojos sobre mí, y cuando pasaban cerca, me arrojaban ojadas de ólera y furor, como si se indignasen de verme todavía con vida y que no los acompañase ya en su triste suerte. Me figuré que algunos decían en voz baja: no tardará. Observaba sus fisonomías; pero estaban tan desfiguradas, tan deshechas, que no las podía distinguir.

En esto veo un grupo que se abalanza contra mí, viene con tal ímpetu, y me amenaza tan de cerca, que me parece imposible evitar la violencia de su choque. Quiero huir, y no puedo; mis miembros torpes y embargados no obedecen á mis deseos, ni aun el temor los puede forzar á la fuga y me arrojo despojo de su saña. ¿Pero cuál fué mi espanto, cuál mi dolor, cuando entre los que estaban á la frente veo, conozco y distingo al infeliz extranjero víctima de mi propia mano, que pálido, desahogado y con los ojos llenos

de furor, me amenaza y quiere con mi muerte vengar la que yo le había dado.

Aparto los ojos para no ver el golpe que me va á descargar, y veo por el otro lado á mi amigo Manuel que no meces descolorido y horroroso, pero todavía más celérico y feroz, me amenaza también con mayor fuerza. Yo hubiera sido víctima inevitable de su furia si una voz sepulcral que me hizo estremecer, no los hubiera detenido, gúrdolos: No es tiempo todavía; presto, presto.

Al instante todos aquellos cadáveres y espectros huyen presurosos y se vuelven á esconder en sus sepulcros, desaparecen todos los fantasmas, cesa todo el horrible y tumultuoso rumor, y empieza otro nuevo y pavoroso silencio parecido á la insensibilidad de la nada; pero no dura mucho, porque poco después oigo salir de lo interior de los sepulcros gúros horribles, dolientes alaridos que parecían exhalados por los muertos, á la manera de los que están en los tormentos. Aquella región se trasformó en un teatro de angustias en que solo se escuchaba el llanto y vivía el dolor. La impresión que sentí fué tan terrible, que desperté con sobresalto y me encontré aragado en sudor.

Salto del lecho aterrado y desahogado, todos los miembros del cuerpo me temblaban, no podía apartar de mí aquellas imágenes terribles de que estaba llena mi imaginación, y aunque corría de uno á otro lado, me seguían á todas partes sin dejarme sosiego. Me costó mucho trabajo y mucho tiempo poder tranquilizar la inquietud de mi ánimo, fué necesario que recurriese á mi filosofía y echase mano de toda la luz de mi razón para volver en mí y reflexionar que un sueño no podía ser más que el efecto de una fantasía agitada y el delirio de una imaginación encendida. Me avergué de mi flaqueza y de que un instante de horror pudiese producirme una impresión tan profunda: así me propuse desahogarlo y no decir al padre nada, persiguiéndome que esto podría darle una baja opinión de mi espíritu.

Pero aunque conseguí dar alguna calma á mis sentidos, me sentí muy cansado. Sea que la fiebre me quitase las fuerzas ó que el insomnio y la tormenta de la noche me hubiesen abitado, apenas tuve bastante cañero para volver al lecho, y no me hallé en disposición de levantarme; de modo que cuando el padre vino á la hora ordinaria, se sorprendió de hallarme acostado todavía. Se llegó á mi cama con ademán afectuoso é preguntarme el motivo de esta novedad, y yo le dije que había pasado mala noche; pero él debió de advertir mucha alteración en mi semblante, pues observé que se demudaba el suyo y que con interés inquieto y temeroso quiso informarse de la causa de mi indisposición.

Entonces le dije: ¡Ay, padre! ¡qué mal me habéis hecho! Yo vivía tranquilo, nada era capaz de alterar la quietud de mi alma, y me parece que hubiera tenido bastante firmeza para soportar sin turbación todas las desgracias de la fortuna y de la vida; pero vos habéis venido á levantarme de ellas, yo no tenía y á escitarme inquietudes que no me atormentaban, y vos seréis la causa de todas las amarguras que puedo tener en adelante; vos me habéis hecho un mal oficio, y ciertamente jamás os lo podré perdonar.

—No es esta mi intención, señor, y yo fuera muy infeliz si pudiera culparme de haber turbado un instante de vuestra vida. ¿Pero no es bueno conocer el peligro para evitarle? ¿no es útil conocer la verdad para seguirla?

—Ve aquí las grandes palabras con que se alucina á los necios, el peligro, la verdad. Todo esto suena mucho y no significa nada. Porque ¿qué puede estar cierto de nada? Lo que yo digo es que todas vuestras razones pueden bastar para hacerme temer el peligro, sin que basten para hacerme vivir que podría darne una idea de lo que llamo verdad; sin que jamás puedan tener fuerza bastante para obligarme á abandonar lo que por seguiría; así lo que podréis conseguir es darne inquietudes y temores. Vos me turbáis en la posesión tranquila de mis ideas, vos tendréis la gloria de hacerme infeliz; pero jamás conseguiréis persuadirme de manera que os crea piangamente y que lo abandone todo con sacrificio de cuanto pienso y amo, para seguir vuestros sistemas, que si pueden ser ciertos, también pueden ser falsos. En fin, vos podéis cansarme todos los inconvenientes sin procurarme ninguno de las ventajas; y en una palabra, hacedme mucho mal sin poder jamás hacerme bien.

—Pero, señor, en materias de esta importancia, cuando no hubiera más que el menor grado de probabilidad, la menor vislumbre de apariencia, la inmensidad del riesgo....

—Vosotros, las buenas gentes, los devotos, los santos, os imagináis que con una palabra todo está dicho, y que desde que habéis pronunciado que es prudente tomar el partido más seguro, no hay más que poner mano á la obra y andar adelante. Vosotros no tenéis pasiones, los necios sí relaciones con el mundo; nada os embargaba, nada os ataja; os sacáis de la enja, ya estáis libres, y nada os estorba para lo que se quiere. ¿Pero podéis imagináis que todos son así? ¿podéis figuraros que todos tienen las ideas tan claras, las percepciones tan cómodas, que han de percibir las cosas del mismo modo que vosotros?

—Pero bien, yo os repito que desde que no podéis convenir con tanta evidencia que obligáis á un hombre á que se mude por dentro, que cambie su cabeza, que se arrojue el corazón, que se despoje de todas sus opiniones, sus gustos, sus amistades; en fin de todo lo que formaba la sustancia de su existencia, vos no hacéis más que asesinarle; porque sin hacer que consiga vuestra imaginaria felicidad, no podéis obtener más que la triste satisfacción de amargarle sus placeres; y si en el fondo tenéis razón, solo lograréis el hacerle más culpado....

Ya consideras, Teodoro, que este loco discurso no podía ser más que efecto de la religión y de la virtud, vuelva á ellas. No ignoro lo que cuesta á la razón someterse á la fe y cuán duro es sacrificar todos los sentimientos del corazón á la autoridad de un hombre tan puro como la cristiandad. Sé que está en un esfuerzo superior el hombre y que jamás la naturaleza ha podido conseguir este triunfo; pero lo que ella no puede por sí sola, lo puede con la gracia de Dios. Y Dios puede....

—Yo sé, señor, cuán difícil es que un hombre que está furioso de las sendas de la religión y de la virtud, vuelva á ellas. No ignoro lo que cuesta á la razón someterse á la fe y cuán duro es sacrificar todos los sentimientos del corazón á la autoridad de un hombre tan puro como la cristiandad. Sé que está en un esfuerzo superior el hombre y que jamás la naturaleza ha podido conseguir este triunfo; pero lo que ella no puede por sí sola, lo puede con la gracia de Dios. Y Dios puede....

—Yo estaba tan frenético y desahogado, que sin ningún miramiento le interrumpí con violencia: Dios y siempre Dios! Yo sé por mí desgracia que lo hay. No se me puede de esconder, que pues existo y existe todo lo que vos, es ne-

resario que existía el que nos hizo; pero esto mismo es lo que me aflige; porque si existe, debe desaprobar mis acciones y conducta. Algunas veces me consulto con la esperanza de que puede ser que me engañe, y que quizá tendrán razón los que piensan que el acaso es el autor de cuanto existe: esta idea me halaga, porque en este caso no tengo que temer. Y sobre todo esto, un Dios no solo me acordaría mi vida, amargar quizá no le importa lo que yo lago; y si es bueno, como lo debo creer, por lo menos no me hará eternamente infeliz.

Pero vos no os contentáis con un Dios; vos queréis también a Jesucristo, vos pretendéis que Jesucristo es Dios. Ayer me probasteis que ha resucitado, y con pruebas que parecen tan claras y evidentes, que no es posible responder. Esto es lo que me turba; porque si es verdad que Jesucristo lo ha resucitado, Jesucristo es Dios, y si es Dios yo soy el más infeliz hombre del mundo. Ve aquí lo que habéis conseguido conmigo, y lo único que jamás podréis conseguir, esto es, hacermos dudar de una cosa que me parecía evidentemente absurda é imposible; pero, ¿qué lograis con esto? ¿qué será el fruto de esta persecución? ¿Kempozofán mi vida, amargar quizá no le importa lo que yo hago; y si es bueno, como lo debo creer, por lo menos no me hará eternamente infeliz.

¡Cielos! si yo llegara á estar seguro, á no poder dudar que Jesucristo es Dios, ¿qué sería de mí? ¿Sabéis, padre, que yo soy su mayor enemigo? ¿Sabéis que nunca he podido creer en él? ¿Sabéis que siempre he reputado su culto una superstición tan gruesa como todas las que han corrido por el mundo?

Sabed pues todo esto, y sabed también que no solo lo he despreciado, sino que le he aborrecido, porque me ha parecido el pretérito de que en todos tiempos se han servido los eclesiásticos para seducir á los pobre pueblos, para alcanzarlos, establecer un imperio de dominación sobre las conciencias y apoderarse de todas las dignidades, riquezas y autoridades de los Estados. Esta ambición fundada sobre la credulidad de los pusilánimes me ha excitado siempre la mas viva indignación.

Con estos principios mi corazón avía en un furor, que me parecía justo, contra todo lo que tenía viso de cristiano. Yo hubiera querido arrancar á Jesucristo de sus altares, hacer desaparecer la iglesia de la tierra y condenar á sus eclesiásticos al trabajo. Los progresos de la religión me irritaban, y la filosofía de mi corazón me hacía llorar esta desgracia y la de los hombres. La autoridad de los eclesiásticos me irritaba, no podía sufrir jurisdicción, sus prosperidades me irritaban, sus adversidades y abatimientos me alegraban, sus historias me llenaban de ira, y yo vivía continuamente encendido en cólera contra este culto.

Mi corazón lleno de una filosofía dulce que me hacía amar á los hombres y desear la felicidad de su vida, sentía con dolor estos errores, que veía por la ignorancia común tan generalmente difundidos. Yo hubiera querido ser soberano para desengañar á mis vasallos, sábio para instruir á los hombres, poderoso para estirpar tantos abusos, y ya que no tenía medios para empresa tan superior á mis fuerzas, á lo menos contribuía con cuanto estaba de mi parte á conseguirlo en lo que alcanzaba la esfera de mi actividad. Así he procurado desengañar á cuantos he podido, y sin cesar he iluminado con los principios de una filosofía ilustrada á mis-

amigos, criados y dependientes, ya instruyendo á los unos, ya burlándome de los otros, ridiculizando siempre todo lo que tenía viso de religión.

Puedo ilustrarme con la idea de que he logrado hacer algunas conquistas á la razón; y cuando esta era la pasión mas dominante de mi vida, cuando yo la hubiera adoptado por error á los hombres de la superstición y cuando mi anhelo era conducirlos á la felicidad por la luz de una filosofía racional, vos venís de repente á persuadirme que ese Jesucristo que aborrezco, porque me parece el pretexo de todos los males de los hombres, que ese Jesucristo á quien hago la guerra desde que me conozco, que ese Jesucristo que yo quisiera desterrar del mundo, es Dios y que ha de ser mi juez, que hay otra vida que no acaba, y que de su mano dependen mis destinos eternos.

Yo pensaba, padre, en ilustraros á vos mismo; yo me figuré que teniendo tantos talentos como os veo, seríais capaz de escuchar la voz de la razón. Creí que nacido y educado entre los errores de la superstición, sin haber oído jamás otra cosa que sus máximas, podríais haberlas adoptado, pero desde que rayasen á vuestra vista las luces de una filosofía ilustrada; vuestro buen sentido los daría la preferencia, que yo podía hacer en vos un ilustre escolástico; que me sería fiel haceros conocer la futilidad y el poco fundamento de vuestra creencia, y que si no lo podía conseguir, por lo menos me divertiría con vuestro embarazo y os quitaría el deseo de volverme á persuadir.

Con estas intenciones consulto en secreto, y luego la desgracia de ver que estáis mejor instruido de lo que yo pensaba; que los fundamentos que yo creía muy sólidos son tan sólidos, que no solo me embarazan, sino que no los veo como es posible responderlos. Vos me habéis probado la resurrección de Jesucristo, que prueba todo lo demás de una manera tan clara y victoriosa, que me habéis dejado atontado y confundido. Y ve aquí lo que causa mi turbación; porque con este discurso habéis hecho necesaria toda la desgracia de mi vida, y la ulterior amargura de mi vida es ya inevitable. Escuchadme, padre, y ved si tengo razón.

O tenéis razón en el fondo, ó no la tenéis, ó Jesucristo es Dios ó no lo es: si no lo es, vos me habéis probado su resurrección con tanta fuerza, vos me habéis dado tanta apariencia de verdad á lo que suponemos engaño, que vos mismo no podríais destruir ya la impresión que me dejan vuestras pruebas. Es necesario que á lo menos la duda se apodere de mi corazón y que con ella habiten en él los temores y las inquietudes que no pueden dejar de atormentarme en todas las situaciones de mi vida. Y si es verdad, si Jesucristo es Dios y me ha de juzgar, despues de una conducta como la mia ¿qué puedo esperar?

Misericordia..... grito el padre levantándose y extendiendo las manos al cielo. Yo me detuve viendo su acción y movimiento; pero ¿sea que el padre me considerase verdaderamente frívolo ó que me creyese enfermo y no le pareciese oportuno aquel momento para conversación tan animada, se volvió á sentar, y tomando otra vez el tono dulce de su voz, me dijo: Yo creo, señor, que estáis con la fiebre, y me parece que ahora es tiempo de pensar solamente en vuestra salud. Para lo demás habrá tiempo, y Dios lo dispondrá de modo que quedeis contento y sosegado. Ahora lo mas urgente es la salud; permitidme que vaya á la-

mar al enfermero y que éste vea si puede disponer algo para vuestro alivio.

En efecto, salí, y poco despues volví con el enfermero, que me encontró con calentura y me ordenó el reposo. No te contaré por menor lo que pasó en los tres días que me fueron necesarios para recobrarne; las mismas atenciones de los asistentes, la misma caridad y prudencia de parte del padre, que jamás quiso consentir que yo á pesar de mis deseos le hablase en estos asuntos, diciendome siempre que despues tendríamos tiempo para hablar, y que por entonces era preciso no pensar mas que en mi recobro. Yo me sujetaba por fuerza; pero entre tanto admiraba su virtud que cada día ganaba mas mi corazón, y repasaba en mi memoria todo lo que me habia dicho. No podía desahogar de mi aquel bien ordenado escuadron de pruebas, que mientras mas las observaba, me dejaban mas aterrado, y mis reflexiones me devoraban.

Por otra parte, mi nuevo y oficioso amigo me habia hecho ver en las últimas conversaciones tanta superioridad de talentos, que me habia forzado á sentimientos de respeto y veneración. No es posible que yo platara la luz sobrenatural y celeste que brillaba en sus ojos cuando me refería las pruebas de que respondía á todas mis objeciones, y majestad con que respondía en sus ojos cuando me burlaba de los insultos de un pígameo. ¡Qué pequeño me parecía yo mismo en aquel momento á mis propios ojos! Así, á los efectos de ternura y gratitud que me habia inspirado su oficioso solicitud por mi recobro, este hombre habia añadido los de una alta estimación por sus talentos y persona. Ya no era para mí un eclesiástico que yo suponía ser como creía que eran todos los de su traje; era un hombre superior que me habia forzado á reconocer su ilustración y venerar su virtud.

Yo estaba pues obligado á mirarle con ojos muy diferentes que al principio, y me sentía interiormente corrido de haberme propasado en mis últimos discursos, tanto en las palabras como en el tono, á desahucos que no hubiera debido permitirme. Así, cuando despues de tres días que ya estaba restablecido, me vi á sola con él, le dije: ¿Me perdonaréis, padre, mis imprudencias del otro día?—Ay, señor! me respondió con ojos en que brillaba una alegría divina, ¿perdonaros? ¿de qué? Yo no me ocupo en otras cosas que en dar gracias á Dios, que me hace ver la inmensidad de sus misericordias. Si, señor, no lo dudéis; su poderosa mano está aquí, y la reverente humildad de mí fe la está viendo. Nada hace Dios que no sea un ejercicio de su bondad, y pues os ha traído á aquí, tened por cierto que no ha sido en balde.

Sin duda es gran desgracia haber pasado una gran parte de la vida en la incredulidad, y no lo es menos haber dado á la injusticia de las pasiones muchos años preciosos que se debieran emplear todos en el estudio de la verdad y en la práctica de la virtud. ¡Feliz, mil veces feliz, únicamente feliz el hombre que ha sabido contemplar la carrera de sus días y que lleva á la tumba el delicioso consuelo de no haber amado en la tierra mas que al único bien que ya f encontrar en la eternidad. ¿Qué dicha puede compararse á la de morir sin haberse dejado devorar por el remordimiento, y entregar á su Criador una alma intacta, nunca ajada por el impuro soplo de los vicios?

Pero aunque esto es verdad, también es cierto que nada es tan grande ni tan digno de la divina misericordia, como es la piadosa aceptación con que recibe el llanto y los suspiros del arrepentimiento. Su bondad nada desea tanto como recobrar un corazón que se le perdió en los abismos de la inobediencia. Nada le complace tanto como verle volver con la fé á reconocer su padre y su pastor; para amarle y adorarle con el culto de la religión que se dignó enseñar.

Nada le interesa tanto como recibir en sus brazos paternales al hijo ingrato que desconociendo largo tiempo se entregó al furor de sus pasiones, cuando volviendo en sí siente su miseria y busca arrependido el seno de su Dios.

Porque, señor, si Dios es magnífico y grande cuando fortalece al hombre contra su flaqueza natural, si es gloria de su gracia preservarle de la corrupción á pesar de los peligros que lo corren, no lo es menos purificarle de la infección que ha contraído; suelte de los abismos en que ha caído y restituirle por su misericordia los derechos de que le habia privado su justicia. Este Dios de bondad, que tiene angelos para que nos preserren de la fealdad, también los tiene para que nos saquen de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud; y parece que en cierto modo esta obra de la restauración es mas difícil, y que muestra mas la fuerza de su poder y la extensión de su clemencia.

En efecto, se observa que el que recobra la virtud despues que la perdió, siente mayor durezza que el que nunca la ha perdido; como si Dios le quisiera consolar del nuevo dolor que le causa la memoria de sus ingraticudes; como si quisiera hacerle sentir que el vicio que le va á imponer es mas dulce que el que le obliga á dejar en el mundo y en sus usos tristes; como si quisiera exonerarle á su servicio con hazos mas dulces para que sean indeseables; como si quisiera manifestar el gozo que tiene de haberle recobrado; en fin, como si tuviera recelo de volverle á perder, parece que se apresura á derramar sobre él á manos llenas sus riquezas y hacerle gustar cuantas daduras reserva en los tesoros de su piedad.

Por eso se vierte en su corazón una satisfacción inesplicable, un consuelo delicioso, un éxtasis divino, una dulce confianza que ya es parte de una inefable felicidad. ¡Ay, señor! No es posible dar nombre á esta efusión de la gracia en una alma penitente, porque no hay palabras que correspondan á la evidencia de su luz que es divino; una comunicación tan íntima de su luz soberana, no se puede exprimir sino con el silencio, la inmovilidad y la profunda contemplación del corazón feliz que la siente y se satisface.

No es la mayor injuria que se puede hacer á Jesucristo desconocerle, ultrajarle y ofenderle; la mayor sería desconocer de su bondad, imaginar que puede haber delitos mayores que su misericordia, creer que haya culpas que su bondad no quiera perdonar, ó manchas que no alcance á lavar con su divina sangre.

Baja idea forma de Dios y si conoce mal su religion el que llega á temer que la enormidad ó la multitud de las culpas pueda detener un instante los impulsos de la misericordia. No es la gravedad de los pecados la que Dios considera, si no la viveza del arrepentimiento y la sinceridad de la resolución; y desde que advierte estos dos movimientos del alma, la sangre del Cordero todo lo lava y la bondad divina todo lo olvida. El que era objeto de cólera pasa á serlo de amor, y el enemigo se transforma en hijo.

¡Ay, señor! un pecador verdaderamente convertido es un magnífico espectáculo para el cielo. Saulo era el mayor enemigo de Dios y de su Cristo; pero apenas movió por la gracia, abrió los ojos y conoció su error. Dios se complacía en llamarle de todas sus dignidades. De vaso de ira le eleva a vaso de elección, le transforma en apóstol de las gentes, y el que era persecutor de la religión, es el instrumento que la propaga con más fruto.

Pero dejemos ejemplos que están lejos de nosotros y que se pudieran multiplicar sin fin. ¿Cuántos vemos entre nosotros mismos que habiendo bebido el léxico de la incredulidad y después de haber sido largo tiempo escandalosos y profanos, son hoy cristianos sometidos? ¿Cuántos hoy dan gloria á Dios y á Jesucristo, que fueron muchos años sus enemigos más encarnizados? Parece que Dios quiere sacar una nueva gloria mostrando el poder que ha tenido en doblegar los corazones más inflexibles y ternaes.

Nada es tan claro ni tan repetido en los divinos libros, como este amor, este deseo, esta tierra solícita con que Dios anhela la conversión de los pecadores. Aborrece el pecado, por la ingratitude y la malicia son incompatibles con su pureza y santidad; pero busca por sí mismo al pecador, y mientras le deja la vida, que es el tiempo de la misericordia, no solo está con los brazos abiertos para perdonarle, sino que le excita sin cesar con movimientos interiores, para que imploro su perdón. El pecado le ha arrabado de aquel corazón; pero el Señor no se aleja, á la puerta se queda, allí le toca con latidos secretos, con inspiraciones amorosas.

El Salvador nos ha repetido esta verdad en los discursos de su misión divina. ¡Qué imagen la del hijo pródigo y disoluto! ¡Agobiado con el peso de su miseria, devorado por su vergüenza y sus remordimientos, vuela á los pies de un padre que olvida en un momento todos los errores del más depravado de los hijos, sin tardar un instante cede al imperio ascendente de la naturaleza y de la sangre, como si amea le hubiera ofendido, se arroja con ardor sobre esta amada y tanto tiempo perdida parte de sí mismo; inunda con las dulces lágrimas de su alegría paternal aquellas mejillas ya marchitas con los trabajos y miserias, le estrecha con sus brazos y le aprieta contra su corazón. ¡Qué espectáculo tan tierno! Una alma sensible no puede resistir á situación tan dulce. Y cuando el Hijo de Dios para alentar nuestra confianza nos pinta su misericordia divina con colores de tanta fuerza y energía, cuando emplea medios tan delicados y victoriosos, ¿cómo es posible no distinguir en ellas las sentimientos del más tierno de los padres y los afectos del mejor de los amigos?

El Evangelio está lleno de rasgos de igual fuerza, y Jesucristo no se ha contentado con decirlo, sino que también lo ha probado con su propia conducta. En el curso de su auguste y laborioso ministerio nada ha merecido tanto como el precio y la excelencia que contrasta á los ojos de Dios el alma que dolerida de sus yerros implora su clemencia. Y si no, observad sus acciones.

Mientras rodeado de sus discípulos descerría por las aldeas y lugares de la Judea y Galilea, veía y escuchaba sin emoción alguna lo que podía interesar la curiosidad de los demás. Los objetos más extraños, las revoluciones más nuevas, las grandes empresas de los duques del mundo, la

magnificencia de los edificios, la antigüedad de los monumentos, todo le era indiferente, nada le detenía ni fijaba; nada le sacaba un instante del profundo y majestuoso reconocimiento con que meditaba de continuo establecer el reino de Dios y la salvación de las almas sobre la ruina de los errores y de las pasiones de la tierra.

Pero cuando sus ojos reposaban sobre algún objeto que pertenecía á este grande y magnífico designio, cuando este pastor soberano encontraba una oveja desamainada, cuando su espíritu empezaba á excitar en ella las primeras turbaciones que preparaban su retorno, cuando veía que iba á sacar un escogido del seno de la corrupción, cuando mira, por ejemplo, á una pescadora fervosa por sus escándalos, que ya aterrada de sus muchos excesos se apresura á buscarle, se arroja á sus pies, los oprime religiosamente con sus labios, los lava con sus lágrimas y los enjuga con sus cabellos, entonces sí que se le ve enardecido y lleno de interés; se diría que inflamado con el ardor de su gozo, siente y nos quiere hacer sentir toda la importancia de aquella caso.

Basta observar lo que dice y hace en aquella circunstancia para percibir su satisfacción. Parece que tiene delante de los ojos el objeto más grato que le pueda presentar el universo. No es más que una pecadora, pero arrepentida, y esto ha bastado para que le ganase el corazón; reparad con que interés y gozo la expone á la admiración de sus asistentes; y ganaban el ascendente primitivo. Entonces se enfriaba su entusiasmo, llamaba también á mil socorro la memoria de nuestros filósofos libertes, y estas ideas bastaban á destruir todo el encanto de aquella línea.

En uno de estos momentos infelices le dije: Padre, ¿cómo si fenecido es tan bueno ha podido dar una ley tan severa, tan rigurosa, preceptos tan contrarios á la naturaleza, tan repugnantes al corazón, tan enemigos de los sentimientos, y que en fin, es casi imposible practicar? El cristiano no vive más que de sacrificios y privaciones. ¿Qué importa á Jesucristo tanta y tan ruda penitencia? ¿Por qué ha querido hacernos comprar la felicidad de la otra vida con las penas y miserias de ésta? ¿No sería más digno de su grandeza, siendo Dios, darnos la felicidad en todo tiempo y sin tanta costa?

Ve aquí, señor, me respondió, uno de los mayores obstáculos de la fe. No es por lo ordinario la razón la que se la resiste, es la flaqueza del corazón la que no tiene bastante valor para reformar sus costumbres. Los incrédulos se figuran que es un terrible y difícil empeño alistarse en las banderas de la religión. La idea de vivir como cristianos les contrasta, la observancia de las leyes religiosas se les presenta como una imagen ligeros y austera que los horripila; la vida de las personas devotas les parece tan grave, tan triste y desahogada, que piensan que no hay en ella un instante de gozo ó de consuelo, y que es menester un estorzo incesante y laborioso para sujetarse á la severidad de los sacrificios que impone el Evangelio.

¡Pero qué error! ¡qué engaño! y ¡qué desgracia que esto sea tan común! Pues es lo que más generalmente detiene á los hombres en las sendas del vicio. Ninguno hay que sea tan injurioso á la dulzura de la fe y á la excelencia de los dones que el ejercicio de la religión comunicada al hombre justo. Y aunque pudiera decirnos muchas cosas para probaros su utilidad, no os haré ahora más que

traba casi persuadido. Era en efecto un río de elocuencia; en aire, su gesto, la viveza de sus ojos, la rapidez y majestad de sus palabras, el tono de su unción y santidad con que reventaba sus discursos; todo, en fin, lo que veía en él, se me figuraba más que humano, y como si poco á poco me introdujera sus ideas, cada momento le daba una victoria sobre mi alma.

traba casi persuadido. Era en efecto un río de elocuencia; en aire, su gesto, la viveza de sus ojos, la rapidez y majestad de sus palabras, el tono de su unción y santidad con que reventaba sus discursos; todo, en fin, lo que veía en él, se me figuraba más que humano, y como si poco á poco me introdujera sus ideas, cada momento le daba una victoria sobre mi alma.

Había instantes en que lograba arrebatarle de manera que casi no respiraba por oírle. Me dejaba como absorto, como embelesado, como si el espíritu de este hombre abrasado comunicase con el mio y le encendiese con el mismo fuego. Me parecía que sacaba su fuerza y su doctrina del seno mismo de la verdad; se me figuraba que hablaba de Dios como quien conocía su gloria y había visto ya los esplendores de su luz; sobre todo, escuchaba con interés y con gusto inexplicable lo que me decía de la dulzura y la felicidad con que Jesucristo perdona á los arrepentidos. La viveza con me pintaba el amor, la ternura y los sacrificios de este divino Benditor, inflamaba mi corazón con afectos tan puros, tiernos y filiales, que casi no podían resistir á su impresión.

Pero había otros instantes en que mi helada filosofía, mis antiguas opiniones, mis envejecidas costumbres, la imposibilidad de creer cosas tan extrañas, y sobre todo la dificultad de emprender una vida tan áspera y desahogada como la que impone el Evangelio, se volvían á apoderar de mi corazón y ganaban el ascendente primitivo. Entonces se enfriaba su entusiasmo, llamaba también á mil socorro la memoria de nuestros filósofos libertes, y estas ideas bastaban á destruir todo el encanto de aquella línea.

En uno de estos momentos infelices le dije: Padre, ¿cómo si fenecido es tan bueno ha podido dar una ley tan severa, tan rigurosa, preceptos tan contrarios á la naturaleza, tan repugnantes al corazón, tan enemigos de los sentimientos, y que en fin, es casi imposible practicar? El cristiano no vive más que de sacrificios y privaciones. ¿Qué importa á Jesucristo tanta y tan ruda penitencia? ¿Por qué ha querido hacernos comprar la felicidad de la otra vida con las penas y miserias de ésta? ¿No sería más digno de su grandeza, siendo Dios, darnos la felicidad en todo tiempo y sin tanta costa?

Ve aquí, señor, me respondió, uno de los mayores obstáculos de la fe. No es por lo ordinario la razón la que se la resiste, es la flaqueza del corazón la que no tiene bastante valor para reformar sus costumbres. Los incrédulos se figuran que es un terrible y difícil empeño alistarse en las banderas de la religión. La idea de vivir como cristianos les contrasta, la observancia de las leyes religiosas se les presenta como una imagen ligeros y austera que los horripila; la vida de las personas devotas les parece tan grave, tan triste y desahogada, que piensan que no hay en ella un instante de gozo ó de consuelo, y que es menester un estorzo incesante y laborioso para sujetarse á la severidad de los sacrificios que impone el Evangelio.

¡Pero qué error! ¡qué engaño! y ¡qué desgracia que esto sea tan común! Pues es lo que más generalmente detiene á los hombres en las sendas del vicio. Ninguno hay que sea tan injurioso á la dulzura de la fe y á la excelencia de los dones que el ejercicio de la religión comunicada al hombre justo. Y aunque pudiera decirnos muchas cosas para probaros su utilidad, no os haré ahora más que

una reflexión, porque es más personal á los incrédulos y á los que se ablandan á una vida de disolución.

Vos no me negaréis, señor, que este género de vida concuerda insensiblemente á la pérdida de la salud y de las fuerzas; que se ven muchos jóvenes que en el tiempo en que el temperamento se firma y fortifica, ya llevan en sus mejillas marchitas las arrugas de la vejez y están más cerca del sepulcro que los que han visto correr la mitad de un siglo; porque las pasiones que no se moderan, precipitan con celeridad en la tumba.

Pero cuando la fuerza de la constitución resiste por algún tiempo á la fuerza de su impulso, es cierto que no tardará el día en que sea menester apelar al doctor del arte. ¿Qué hacer entonces? Llamar al médico. ¿Y qué puede hacer éste? Lo menos que hará es imponer el mismo régimen que os impone el Evangelio, y acaso será más severo que Jesucristo. Es seguro que ordenará las mismas privaciones y sacrificios que ahora se hallan tan impracticables, cuando la religión los ordena: declarará que no queda recurso ni esperanza si el estorzo no corta al instante todas las causas que han alterado su temperamento, si no se sujeta á la más rigurosa continencia y á la sobriedad y parsimonia más exacta en el uso de todo.

Quizá exigirá más, y hasta el sacrificio de los pensamientos; porque podrá decir que el efecto de los remedios depende de la libertad del alma, de la tranquilidad del corazón, y que es menester asegurar de sí toda idea, ósea memoria de cuantas imágenes pueden irritar y agitar los sentidos. Así una sola indisposición hará que de repente el mismo que ayer nadaba en un mar de delicias, se halle hoy postrado en un lecho de dolor, y se ve víctima de sus pasiones y de sus suplicios. Súbete, señor, se encontrará tan crucificado al mundo, como los más antiguos y santos discípulos de Jesucristo.

¿Y por qué tanto valor y resolución? Porque lo manda un hombre que no tiene más autoridad que la que le da el miedo de la muerte. ¿Y cuando Dios nos habla y que debemos temer la muerte eterna, sus remedios nos parecen insupportables y no tenemos valor para emprenderlos? El amor de la salud nos obliga á pasar por todo, nada nos acordaría ni detiene; ¿el deseo de una salud sin término no puede animarnos á los más ligeros esfuerzos? ¿Cuántos enfermos hay en el mundo, que sin reflexionar llevan ya sobre sí todo el peso de los preceptos de la fe, que sufren por fuerza las privaciones de la ley, que ya hacen lo que parece más difícil en el camino del cielo, y á quienes no falta otra cosa que juntar con el sacrificio necesario el voluntario, santificar con su corazón los sufrimientos de la naturaleza, y añadir á las vestidas del recobro y de una vida tranquila todas las esperanzas y riquezas de la religión?

El médico, señor, no prescribe los medicamentos sino para restablecer el cuerpo, y el Evangelio prescribe los mismos para restablecer el alma. Si aquel pretende reparar los estragos que han causado el tiempo y las pasiones, este no solo pretende repararlos, sino impedirlos reprimiendo su violencia. Así el Evangelio no solo es la medicina de las almas, sino la perfección del arte que cura y repara nuestros cuerpos, como lo es el de las ciencias que ilustran nuestro espíritu y de las virtudes que forman el buen corazón.

No hay esa enfermedad que no tenga su raíz en alguno

de los desórdenes que el cristianismo prohíbe; y se pudiera demostrar con la mayor evidencia, que si todos los hombres vivieran arreglados á la ley del Evangelio, se deserrarían de la tierra la mayor parte de los males y accidentes que nos conducen tan presto y tan temprano á la muerte. Se demostraría que por fin se había encontrado la verdadera medicina, que todos viviríamos sanos y dichosos, que la muerte regularmente no sería más que la última madurez de una sana y amable ancianidad, y que en fin, su ganancia no podría destruirnos con vilecia, sino con el paso lento y progresivo de la naturaleza y del tiempo.

Preguntad, señor, á los que convertidos á Jesucristo han pasado algunos tiempos en los ejercicios de la virtud cristiana, y todos os dirán que han encontrado el verdadero régimen que les sostiene una salud constante; todos os asegurarán que su regeneración á la vida futura los ha hecho renacer también á la vida presente. Si se ve el ejemplo de algunos que sobreviven poco á su mudanza, es porque la demasiada intemperancia de su antigua vida había enfriado las fuerzas de su temperamento, y la muerte estaba ya anidada en medio de sus órganos apurados. Pero observad que entre los que viven en el tumulto del mundo y en la agitación de los placeres, no se ven tantos ancianos ni tan robustos como en los claustros austeros en que se hace una vida religiosa.

Es muy raro ver morir la juventud ni la robustez en esos oscuros retiros en que tantos amantes de la cruz y de la penitencia se santifican continuamente con el silencio, el ayuno y el trabajo. La muerte allí solo se atreve á acometer aquellas cabezas venerables en quienes el tiempo ha consumido hasta las canas y cuya calva agobiada se arrostra con pasos muy pesados á su tumba; los accidentes agudos y violentos son tan raros como las muertes súbitas ó anticipadas. Todos van á la eternidad, pero todos siguen unos á otros con poca diferencia en las graduaciones de su edad. El mal con que mueren, de ordinario no tiene carácter distinguido ni se le puede dar nombre; mueren por que son hombres y porque es preciso morir; se acaban, se extinguen, y la mayor parte exhala el último suspiro pidiendo á sus hermanos perdón de las faltas que no tienen.

No se muere así en el mundo, no mueren así los que viven en la inquietud y desorden de las pasiones. Lo que en el retiro de una vida cristiana sería una indisposición sin consecuencia, es para el que hace una vida tumultuosa un síntoma muy serio y peligroso. La fiebre mas ligera basta para abrasar y consumir un cuerpo en que todo fermenta; así, causa terror ver la rapidez con que la muerte arrebató á su víctima. Ayer apenas estaba indispuesto y hoy una llama devora sus entrañas; no es sangre sino fuego lo que circula por sus venas; lo peor es que al instante la razón se turba, el conocimiento se pierde, la imaginación delira, y ni siquiera deja á los que le lloran el consuelo de saber que murió sabiendo que moría.

Veis, pues, señor, cómo la vida del Evangelio no es tan áspera como os parece. Veid que Jesucristo para daros la vida eterna no os obliga aun á tanto rigor como es el que prescribe un médico para restablecer la salud temporal. Es bien injusto quejarse de que para tanto bien se nos prohiban placeres vergonzosos y delinquentes, cuando el temor de la muerte basta para hacernos abstener hasta de los mas inocentes y moderados. Y se manester estar ciegos

para no conocer que el Evangelio, al mismo tiempo que es la ley que debemos obedecer, es tambien la regla de nuestro bien y el remedio de todos nuestros males. San Pablo decía [1] que la religion es buena para todo, porque á nos facilita la felicidad futura, tambien nos procura la presente. La lástima es que los que no conocen por experiencia la vida evangélica, no sientan la verdad de este discurso, y solo la sienten los que la experimentan y no necesitan de que se les diga.

—Cuando eso fuera cierto, cuando fuera verdad que las austeridades que Jesucristo nos impone no contradicen á su bondad porque nos son útiles y sirven á refrenar nuestras pasiones, ¿cómo podréis sostener que es bueno aquel que vino á espantar al mundo con el dogma terrible de un infierno? ¿Cielo santo! ¿qué doctrina tan abominable y espantosa! ¿qué bondad la de castigar á pobres criaturas que nacieron débiles y cercadas de pasiones fuertes con tormentos irrevocables y eternos que nunca se acaban! No solo no cabe en la bondad, pero ni en la justicia del mas rigido, condenar á penas infinitas á un hombre cuya naturaleza es flaca y deleznable, por errores de un momento, por infatuaciones de un instante.

¿Cómo si Jesucristo es Dios ha podido enseñar un dogma tan duro? ¿cómo si es bueno ha podido amenazar con una pena tan injusta? y en dónde cabe que aquel á quien se supone por atributo la suprema bondad, pueda justarse y repetir que reserva y destina los mayores tormentos al infeliz que él mismo abandona al furor de sus pasiones? Hay en esta monstruosa doctrina tanto horror, tanta iniquidad, tanta injuria á Dios y tanto motivo de desprecio para los hombres, que yo no comprendo cómo ha sido posible inventarla ni creerla; en cuanto á mí, yo la miro como el sistema mas odioso, mas funesto y mas contrario al reposo del alma. Si yo fuera capaz de ser cristiano, esta idea sola me haría la vida insostenible; pero á buena cuenta yo no soy tan débil; el Dios que yo puedo adorar no es un tirano, y jamas he creído ni jamas creía una doctrina tan ridícula como injuriosa á la bondad divina.

[Ay, señor! y cómo os engañais! Vos no quisierais creer en el infierno, y puede ser que á vuestro pesar le creais mas de lo que quisierais. Para quitarse de la vista tan espantosa perspectiva, no basta desearlo ni basta adoptar las costumbres y el estilo de los que aporatan en la fe. Nada manifiesta tanto que esta creencia reside en un corazón con todos sus terrores, como el interés y el empeño con que se pretende destruirla; y yo divisó vuestra persuasión, ó á lo menos vuestra duda, que quizá es mas turbulenta en el mismo consulto con que os forzais á seduciros. Es claro que os inquieto, pues tenéis tan vivo deseo de arrancarla de vuestro pensamiento.

Lo mismo sucede á los incrédulos mas decididos. Observadlos y vereis que jamas pueden acudir de él esta antigua y general creencia; y aun vereis que á pesar del atrevimiento con que se explica, el fondo de su conciencia está siempre trémulo y espantado. Contadles la muerte súbita de algun incrédulo impenitente, y los vereis turbarse y ponerse pálidos; os harán mil preguntas sobre todas las circunstancias del suceso; se informarán de la enfermedad, de la edad, del temperamento del difunto, y todo es para trans-

[1] I Timoth. iv. 8.

quilizarse y ver si por alguna diferencia pueden encontrar motivo de esperar que no les sucederá lo mismo: todo es para librarse del terror que el suceso les inspira, con la esperanza de que no serian tan repentinamente sorprendidos, y que hallarían un instante para tomar partido mas prudente.

Así, señor, es menester distinguir bien estas disposiciones íntimas del corazón, y no lo hacer incredulidad á lo que no es mas que desco de ella y un odio furioso á todo lo que refrena las pasiones. Este dogma no es terrible mas que para los incrédulos y malvados, porque no habla mas que con ellos, y la religion para ellos lo reserva. En el sistema práctico de la fe ó en el ejercicio continuo de las virtudes, aunque se sabe que hay infierno, no horroriza, porque el corazón lo olvida para no pensar mas que en la felicidad suprema, que espera por la confianza que tiene en la bondad divina.

Así, aquel que no pueda soportar esta idea, debe apresurarse á ponerse en estado de no temerla, y remitirse con aquellos para quienes en efecto no existe. Este es el único partido prudente, porque el de pretender engañarse á sí mismo con blasfemias inútiles, no basta para tranquilizarse, pues á pesar de ellas, siempre queda bastante luz para reconocer que un corazón corrompido es digno de castigo, y que la justicia divina le sabrá alcanzar mas allá de la tumba.

El infierno, que tanto turba y conserna á los malos, no derrama la menor amargura sobre los corazones arreglados. El buen cristiano no teme un porvenir desahogado, y mientras los incrédulos que le niegan sufren desde ahora una parte de sus tormentos, el virtuoso goza desde ahora la tranquilidad que aquellos desean vanamente; esto es, no teme las amenazas del Evangelio; por el contrario, espera una felicidad que en ningún caso los incrédulos pueden prometerse. El cuidado de rechazar todo excesivo temor y desconfianza, y la dulce esperanza en la bondad divina, son las primeras virtudes del cristianismo. Así, para librarse de los terrores del infierno, es menester en todos sentidos recurrir á la religion.

Si vos pudierais abrir el seno y penetrar los sentimientos del justo que practica sus preceptos, veríais que esos apliques eternos que tanto consernan á los viciosos, casi nunca turban la dulce alegría en que nada su sereno corazón. Solo se ocupa de la gloria que está preparada para los que creen y confían en Jesucristo; ni se acuerda de que en la otra vida hay otro estado que el que se prepara á los hijos de Dios; su alma está tan llena, tan embriagada con la magnificencia y riqueza de las promesas divinas, que no le queda tiempo ni gusto para pensar en otra cosa, no puede dar entrada á ninguna idea de terror, porque está toda ocupada con la esperanza bienaventurada.

Veid, señor, y registrad todos los aposentos y santos rincones de esta casa; examinaid todos mis muebles, en sus recreaciones, no vereis que ninguno se inquiete por el terror de tan espantoso pensamiento; desde que entraron en la alianza de Jesucristo, todos viven con el amor y la confianza. Penetrad tambien esos claustros observantes en que se guarda el Evangelio sin relajacion; levantad el templo que cubre estas inocentes y puras esposas de Jesús, que lejos del mundo y sus delicias que han abandonado, cons-

gran su juventud y su inocencia al amor del esposo que se dignó de recibirlos en su seno. Recorred todas esas casas devotas en que se profesa la virtud y se repiten los ejemplos. Podréis hallar en ellas almas penitentes que lloran los errores ó los pasados extravíos de su vida; pero no encontraréis ninguna á quien consternar de continuo la idea del infierno, porque todas han perdido el temor servil desde que dejaron los vicios que lo merecían. Se memoria se las perdido tanto, que casi no se habla de él, para poder hablar mas de la bondad de Dios y de su gloria.

Pero corred después todos los teatros profanos, todos esos suntuosos palacios en que habita el lujo con el vicio, todas esas sociedades filosóficas en que se derraman las mueras y atrevidas opiniones, allí es donde oiréis hablar del infierno como en un campo se habla del enemigo, porque se le teme y puede sorprender. Oiréis que para destruirle, se caha por tierra toda moral, toda virtud, toda religion; pero tan inútil esfuerzo y sonato tan ardiente hacen visible el poco crédito que se da á lo mismo que se procura perseguir; pues cuando se está convencido de una verdad es superfluo inculcarla tanto.

En fin, los incrédulos quisieran que no hubiera infierno, y tienen razón, porque está destinado para ellos; pero ni sus deseos ni sus blasfemias pueden hacer que no sea lo que es. Hallan incompatible la infinita bondad de Dios con la idea de que castigue una pena irrevocable, y eternas á hombres débiles por culpa pasajera. Sin duda que el alma se llena de horror cuando considera que un hombre será víctima de un suplicio inmenso. Esta imagen nos espanta y horroriza, nuestro corazón se estremee y confundimos la impresión de horror que recibien la flaqueza y sensibilidad humana con las repugnancias de la razon, pretendiendo que nuestras aversiones naturales sean la regla que deba medir los castigos de Dios.

¿Pero qué nos debe decir el buen sentido? Que si el mismo Dios nos ha dicho que hay un infierno eterno y siempre abierto á los pies de los que mueren sin haber alorado á su Dios ó sin haber implorado su bondad, es necesario creerlo. Y que esta es una verdad infalible, pues aunque sea tan terrible para el que lo desprecia, Dios, á vista de toda su clemencia, la deja subsistir en toda su fuerza; vos vendreis entonces á alegraros razonablemente, sacadas de la bondad divina y de la miseria del hombre, de la desproporcion que aparece entre tormentos eternos y culpas transitorias; y otras mil reflexiones que se presentan desde luego al espíritu; pero yo responderé á todo: Dios lo ha dicho.

En fin, es este uno de aquellos casos de que hemos discurrido otras veces, y en el que el hombre se halla entre dos verdades que le parecen contradictorias y que no lo son; pues aunque no alcance los medios de conciliadas, son verdades y está obligado por su propia evidencia á creer una y otra. Hemos supuesto el ejemplo de la libertad del hombre, que parece incompatible con la presencia divina; y á pesar de esta incompatibilidad, como por un lado el hombre sabe y siente que es libre, que aunque él no sepa conciliar dos extremos que parecen contradictorios, es por defecto de su inteligencia, y que ciertamente se concilian, pues existen.

Lo mismo digo del infierno. Por un lado parece rigor condenar por una eternidad á un hombre débil; por otro, no podemos dudar que Dios no solo es justo, sino infinita-

miente misericordioso; pero como también es la eterna verdad y no puede ni engañarse ni engañarnos, creemos lo uno suponiendo lo otro, y la razón nos dice que aunque nos parezca que esto no se concilia, es por nuestra limitación; que el infierno existe pues Dios lo ha dicho; que nuestras ideas de justicia distan mucho de las de Dios; que cuando sepamos los motivos de la suya, no solo hallaremos que ha sido justo el rigor con que castiga, sino que su justicia ha sido misericordiosa; que no habrá condenado que no conozca la bondad del Señor, y que si sufre es por su propia culpa; pues nuestra razón no puede recibir idea que no suponga su justicia y su bondad.

Los incrédulos se cansan en repetirse que Dios es bueno; pero nadie lo duda, y ninguno conoce mejor la extensión de su misericordia que los que adoran los rigores de su justicia. Pero para persuadir que no hay infierno, no basta proclamar la bondad de Dios, es menester destruir toda la doctrina de la religión, trastornar lo más indisociable, derribar el mas antiguo y sólido de los edificios, y en fin, probar la falsedad de un orden de cosas que ha empezado con el mundo, que está enlazado con la historia entera del género humano, y ha llegado hasta nuestros días sin interrupción. ¿Qué hombre en el mundo conseguirá emprender tan local? ¿Quién no ve que si es difícil conciliar la verdad de las penas eternas con la bondad de Dios, es imposible abatir y cejar por tierra todos los monumentos antiguos que atestiguan con tanta evidencia la divinidad del Evangelio?

Vos quisierais que Dios hubiera criado al hombre necesariamente bueno, que le hubiera cerrado todos los caminos excepto el que dirige á la felicidad; pero vos quisierais lo que sería contrario al designio de su sabiduría, que quisiera hacerle libre. Y en la suposición de darle libertad, ¿qué medida podía tomar mas eficaz para que no abusase de ella, que amanzarle con un infierno? ¿Debilísimos si fuera posible que Dios en el momento en que iba á criar este abismo espantoso, hubiese suspendido la acción de aquella mirada universal con que registra todo lo futuro, ¿podía imaginar que hubiese una criatura tan activa que quisiera precipitarse en él? ¿qué medio mas efectivo era posible inventar para que no se aventurase? No se puede llamar libre al que se le obliga á marchar en una línea donde no puede dar un paso sin precipitarse; pero cuando se le deja el arbitrio de alejarse del peligro, ¿quién puede presumir que no se aleje?

¿Qué hombre, si está en su juicio, usará de la libertad que tiene para abandonar la barca que le transporta y sumergirse en el golfo que le sepulta? ¿Cuánto menos se debía recelar que dejara la virtud que le salva, para caer en tormentos de que no es posible libertarse! Dios, pues, no podía ponerle una barrera mas fuerte, y era como preciarlo en cierto modo que escogiese la virtud. Solo el frenesí y la ferocidad podían arrojarle al vicio; y estos son accidentes raros que no se deben suponer en una naturaleza inteligente. Y si por su malicia son muchos que se degradan y embrientan hasta el punto de perder toda razón, si llegan á degenerar de tal manera que mas estúpidos que las bestias se precipitan en la muerte eterna, ¿se puede impropriadamente á Dios no haber hecho lo que era menester para hacerlos felices?

El hombre no tiene estímulo mas fuerte ni sanción una

necesidad mas imperiosa que la de amarse y de ser feliz; esta es el deseo mas íntimo, mas vivo y mas inseparable de su corazón. ¿Cómo, pues, se le puede proponer medio mas eficaz para que sea dichoso, que amanzarlo para que no deje de serlo con penas tan terribles que no se pueda exponer á ellas sin aborrecerlas; sin ser el mas cruel enemigo de su vida, de su alma, y en fin, sin resistir á los sentimientos mas invencibles de su propia inclinación? Así los inexplicables horrores del infierno, por lo mismo que son tan terribles, tienen en sí mismos un carácter en que rebuena la ambición y la bondad divina. Dios nos hubiera amado menos si hubiera hecho menos por nosotros; haciendo consentir nuestros destinos en una alternativa menos espantosa; porque no fuera tan urgente nuestro deber de adorarle y servirle.

Los incrédulos dicen que no hay proporción entre los rigores de tormentos eternos y los límites de la perversidad humana, que el hombre que no puede ser infinitamente malo, no debe ser infinitamente castigado por un Dios justo, y que la pena con que se castiga la culpa debe ser limitada como su malicia. Estos racionales nos parecen victoriosos y los aprecian como una demostración que no permite réplica; pero este error nace de que no tienen una idea bastante clara de la constitución humana, y menos del plan y designios de la religión.

Es cierto que el hombre no es infinito por su naturaleza y su ser; pero lo es por su voluntad y su tendencia á propensión. Todos los movimientos de su alma son un esfuerzo continuo para alcanzar la totalidad y plenitud de la existencia y la felicidad, y como la voluntad es el órgano y el principio de todas sus acciones, éstas tienen el carácter de su origen y se especifican por su naturaleza. Así, cuando la voluntad del hombre rompe la armonía que la mas justa y la mas irrevocable de las leyes establece entre sus facultades y los atributos divinos, no hace menos que romper su íntima unión con el Eterno infinito, despreca la infinita felicidad que éste le ofrece, y espera hallarla en el falso halago de otra criatura ó en las tinieblas de su propia nada; así busca el infinito fuera de la verdad. La justicia divina quiere que le halle, y el infinito fuera de la verdad no puede ser mas que el de tormentos y desgracias.

Por otra parte, la íntima unión que vino Jesucristo á establecer entre Dios y los hombres, nos ha sacado de los límites naturales de otras criaturas, nos ha elevado á un estado superior, y en este nuevo orden de cosas se debe pensar nuestras acciones y delitos. El fin de la encarnación fue asociarnos á la divinidad. San Pedro dijo (1) que hemos recibido por Jesucristo dones inefables y preciosos, que nos hacen participantes de la naturaleza divina; esto es, que en virtud de nuestra consubstancialidad con Jesucristo que es Dios y hombre, participamos de sus calidades. Así nuestra bondad ó nuestras virtudes, por nuestra analogía con él, adquieren en cierto modo el carácter de una perfección infinita, por eso merecen una infinidad de gloria; pero que si después de haber llegado á tanta altura nos degradamos hasta la iniquidad, adquirimos el carácter de una naturaleza inherentemente perversa, que merece ser infinitamente desahuciada.

Así el hombre por el mérito de la redención es en cier-

(1) II Pet. I, 4.

ta manera infinito. Jesucristo habiendo merecido en su favor, le ha comunicado derechos infinitos á una gloria infinita. Si se aprovecha de esta gracia, conservándose fiel en alianza tan sublime, la limitación natural de su ser desaparece, y no le estorba para recibir una gloria infinita el día de su irrevocable incorpación en la felicidad divina; pero si la viola y la pierde, entonces no presenta á la vista de la soberana santidad, mas que el desprecio y la profanación de responder otra cosa que á degradación tan infinita no puede corresponder, no fuera tan infeliz como ha sido culpado; porque su delito es igual á la grandeza que ha perdido, y esta grandeza no es otra que la misma de Dios.

Vel, pues, como el infierno con todos sus tormentos califica la excelencia del hombre, y la religión le supone mucho valor y dignidad, pues le encuentra digno de tan terrible castigo, cuando no ha querido aprovecharse de las ventajas que le ofrece. No digais, pues, que el Dios que castiga así al hombre, no es justo ni piadoso. Decid, por el contrario, que es preciso que el hombre redimido con la sangre del Redentor, trastorne monstruosamente los designios del Omnipotente cuando malogra tan altas esperanzas, pues un Dios tan justo y tan elemento no ha podido encontrar menor satisfacción para reparar su desacato, que una eternidad de tormentos.

El premio y la pena son entre sí proporcionados, y corresponden al estado de elevación y orden sobrenatural en que está constituido el hombre y sus acciones morales; y así como la gloria del hombre justo será eterna, tambien lo ha de ser la pena del infeliz.

Tambien es evidente que el condenado por la justicia de Dios, le conserva siempre el odio en que muere, y nunca jamás se arrepiente por su obstinación, y por lo mismo que su malignidad continúa sin fin, su castigo tampoco le tiene. Además, que el pecado, en razon de ser ofensa de Dios de infinita majestad, se considera revesitado de cierta infinidad moral.

Ve aquí lo que nos debe decir nuestra razón, cuando no pudiendo dudar de la clemencia divina, tampoco puede dudar de la verdad de un dogma que el Evangelio acredita y que despues de su publicación todos los cristianos han creído. Si la razon orgullosa no le halla conforme á sus ideas, si quiere medir la justicia de Dios con la pequeñez de su regla, si quiere penetrar lo que no alcanza, si quiere discurrir sobre lo que no entiende, y en fin, si pretende juzgar lo que solo debe adorar y obedecer, entonces el buen sentido la debe hacer callar y decirle imperiosamente como Jesucristo al demonio:—*Escrito esto.*

—Escrito puede estar, padre; pero todo eso es incomprendible.—Sin duda, señor, ¿pero cuántas cosas lo son sin ser por eso menos ciertas?—Es verdad; pero ésta es muy terrible.—La mas terrible de todas: por eso es menester hacer cuanto es posible para no caer en las manos del Señor enojado.—*¡Oh Dios bueno atormentado eternamente á criaturas miserables!*—Como es justo, se debe á sí mismo el castigar los delitos.—Pero cuando están hechos, cuando el conocimiento llega despues del daño...—Como es bueno, todo lo perdona, la inepicencia todo lo lava, y su sangre todo lo

borra. No es precisamente el pecado el que lo condena, sino el defecto del arrepentimiento y la obstinación ó la falta de confianza en su misericordia.—¿Quién puede mullar de repente sus hábitos, sus costumbres, sus opiniones?—Con la gracia nada es difícil.—¿Quién sin estar acostumbrado puede soportar el rigor de la ley cristiana?—Jesucristo ha dicho que su yugo es suave, porque el mismo ayudo á llevar la carga.

—Pero, padre, para arrepentirse es necesario creer, y nadie puede creer solo porque lo desea. Esta no es obra de la voluntad, sino del entendimiento; nadie puede persuadirse lo que quiere, la fe es un don de Dios y no se adquiere.—Es verdad, pero se obtiene.—¿Con qué medios?—Con la oración y con un crímen sério, humilde y de buena fe.—Pues padre, para venir que no me niego á nada de lo que está en mi mano, estoy pronto á escuchos. Explícame ese plan del cristianismo que tantas veces me habeis dicho ser un conjunto de luces y de verdades que por sí mismo manifiesta que viene de Dios.

Os he confiado con sinceridad que las pruebas de la resurrección me han embarazado mucho, y que he visto en ellas lo que no esperaba ni me parecia posible. Si pudierais prolarame con la misma claridad y fuerza los demas artículos, me embarazarais mas; pero tengo por imposible pechar con la misma luz objetos oscuros por sí mismos y hechos que han pasado en siglos tan remotos. No obstante, véamos. El daño ya está hecho; ya me habeis dicho lo bastante para despertar mis inquietudes y turbar para siempre la antigua tranquilidad de que gozaba; acabad de empozafarme; salgamos de una vez y véamos hasta dónde llega mi error ó vuestra ilusión.

No te dije, Teodoro, por qué motivo ó con qué intención tomé este partido; y ahora mismo que lo examino no puedo advertirlo, pues entonces no podía esperar fruto de esta diligencia. Es verdad que sus discursos me habian confundido; pero todavía no me sentia dispuesto á mudar de opinión y menos de conducta. No sé si todavía conservaba una esperanza secreta de que no podría desempeñar esta parte como la otra, y que esto me dejaría con ventaja. Quizá tambien lo hice por descansar un poco de las reflexiones rigurosas con que me oprímia; ó en fin, lo que es mas cierto, Dios movió á mi corazón inímo, para que por este medio acabase de entrar en él su divina luz.

El hecho es, que al instante que el padre vió que yo mismo le solicitaba para que me explicase el plan y las pruebas de toda la religión, un semblante modesto se cubrió de color y sus ojos se encanecieron en un júbilo celestial. Observé que con un movimiento indelicado los levantó al cielo, y que despues, volviéndose á mí, con su ordinaria suavidad me dijo: Con mucho gusto, señor. Hay muchos en esta casa que lo pudieran hacer mejor que yo; pero pues me lo mandais y ahora es tarde, empecaremos mañana.

El padre se fué, y yo quedé como puedes discurrir; y poco despues me sentí como arrepentido de haber tomado este empeño, que me ponía en la necesidad de contrastar con el padre; pero nada de esto te puedo explicar, porque estoy causado de escribir. En mi primera te diré lo que me pasó al otro día. Adios, amigo.